

LEER Y ESCRIBIR

ANTOLOGÍA

nap

NÚCLEOS
DE APRENDIZAJES
PRIORITARIOS

SERIE CUADERNOS
PARA EL AULA
ESTUDIANTES





TEXTOS LITERARIOS

Gilgamesh busca el secreto de la inmortalidad

Anónimo, en: *El cuento popular*, Buenos Aires, CEAL, 1977.

En una isla situada en los confines de la tierra vivía –según se comentaba– el único mortal del mundo que había podido escapar a la muerte: un hombre muy, muy viejo, cuyo nombre era Utnapishtim. Gilgamesh decidió buscarlo y aprender de él el secreto de la vida eterna.

Se puso en viaje al amanecer, y finalmente, luego de haber caminado mucho tiempo, recorriendo una gran distancia, llegó hasta los confines de la tierra, y vio ante sí una inmensa montaña, cuyos picos gemelos tocaban el firmamento, y cuyas raíces llegaban hasta los más profundos infiernos. Delante de la montaña había un enorme portón, guardado por terribles y peligrosas criaturas, mitad hombre y mitad escorpión.

Gilgamesh vaciló un momento, y se llevó las manos a los ojos para protegerlos de tan horrible visión. Pero luego se recobró y avanzó resueltamente hacia los monstruos. Cuando estos vieron que no se asustaba, y cuando contemplaron la belleza de su cuerpo, advirtieron de inmediato que no tenían ante sí a un mortal común. Pese a ello, le cortaron el paso y le preguntaron cuál era el objeto de su viaje.

Gilgamesh les dijo que se había puesto en camino para encontrar a Utnapishtim, a fin de conocer el secreto de la vida eterna.

–Eso –le respondió el capitán de los monstruos– es algo que nadie alcanzó a saber, ni hubo jamás mortal alguno que haya podido llegar hasta ese sabio inmune al tiempo. Pues el camino que nosotros guardamos es el camino del sol, sombrío túnel de doce leguas: un camino que no puede ser hollado por la planta humana.

–Por largo y oscuro que sea –contestó el héroe–, por grandes que sean las fatigas y los peligros, por más tórrido que sea el calor y por más glacial que sea el frío, yo estoy firmemente resuelto a llevar a cabo el viaje.

Al oír estas palabras, los centinelas tuvieron por cierto que se las habían con algo más que un mortal, y en seguida le abrieron el portón y le franquearon el paso.

Audaz e intrépidamente penetró Gilgamesh en el túnel, pero a cada paso que daba el camino se volvía más oscuro, de modo que muy pronto se vio privado de la visión, tanto hacia delante como hacia atrás. Sin embargo, continuó avanzando y cuando ya le parecía que su ruta era interminable, un soplo de viento acarició su rostro, y un tenue rayo de luz atravesó las tinieblas.

Cuando salió a la luz, un maravilloso espectáculo se ofreció a su vista, pues se encontró en medio de un jardín encantado, cuyos árboles estaban cuajados de pedrería. Y cuando todavía estaba absorto en la contemplación de tanta belleza, la voz del Dios-Sol bajó hasta él desde el cielo.

—Gilgamesh —le dijo— no avances más. Este es el jardín de las delicias. Quédate en él un tiempo y disfrútalo. Nunca antes habían los dioses concedido tal gracia a un mortal, y no debes esperar nada más grande. La vida eterna que buscas, nunca la podrás encontrar.

Pero ni siquiera estas palabras pudieron desviar al héroe de su rumbo, y dejando detrás de sí el paraíso terrenal, siguió adelante en su camino.

Al fin, fatigado y con los pies doloridos, llegó a un gran edificio con apariencia de posada. Arrastrándose hasta él lentamente, pidió que se le permitiera la entrada.

Pero la posadera, cuyo nombre era Siduri, lo había visto venir desde lejos, y juzgando por su desastrada apariencia que no era sino un vagabundo, ordenó que la puerta fuera atrancada ante sus propias narices.

En un primer momento, Gilgamesh se enfureció y amenazó con quebrantar la puerta, pero cuando la señora le habló desde la ventana y le explicó la causa de su alarma, su cólera se enfrió; le dijo quién era, la naturaleza de su viaje, y por qué razón estaba tan desgreñado. Entonces ella abrió los cerrojos y le dio la bienvenida.

Al caer la noche se hallaban en franca conversación, y la posadera trató de disuadirlo de su empresa:

—Gilgamesh —le dijo—, nunca encontrarás lo que buscas. Pues cuando los dioses crearon al hombre, le dieron la muerte por destino y ellos se quedaron con la vida. Deléitate, pues, con lo que se te concede. ¡Come, bebe y diviértete, que para eso has nacido!

Pero ni aun así se inmutó el héroe, sino que, por el contrario, se puso a preguntar a la posadera por el camino a Utnapishtim.

—Vive en una isla lejana, y para llegar deberás cruzar un océano. Pero ese océano es el océano de la muerte y ningún hombre viviente ha navegado por él. Sin embargo, se encuentra ahora en esta posada un hombre llamado Urshanabi. Es el botero del anciano sabio, y ha venido aquí por un mandado. Tal vez puedas persuadirlo para que te cruce.

De modo que la posadera presentó a Gilgamesh al botero, y este accedió a conducirlo hasta la isla.

—Pero con una condición —le dijo—: No deberás permitir que tus manos toquen las aguas de la muerte, y una vez que la pértiga que utilices se haya sumergido en ellas, deberás soltarla de inmediato y usar otra, para que ninguna gota moje tus dedos. De manera que toma tu hacha y corta ciento veinte pértigas, pues es un largo viaje, y las necesitarás todas.

Gilgamesh hizo lo que se le aconsejaba, y poco después, ambos se hacían a la mar en el bote.

Pero al cabo de algunos días de navegación las pértigas se acabaron, y pronto hubieran quedado a la deriva y hubieran fondeado, si Gilgamesh no se hubiera arrancado su camisa para mantenerla en alto como si fuera una vela.

Entretanto, Utnapishtim estaba sentado en la ribera de la isla, contemplando las olas, cuando de pronto sus ojos percibieron a la familiar embarcación balanceándose precariamente sobre las aguas.

—Algo anda mal —murmuró—. Me parece que se ha roto el aparejo.

Pero cuando el bote se aproximó, vio la extraña figura de Gilgamesh manteniéndose alzada su camisa contra el viento.

—Este no es mi botero —murmuró—. Con seguridad que algo anda mal.

Cuando tocaron tierra, Urshanabi llevó de inmediato a su pasajero ante Utnapishtim, y Gilgamesh le dijo por qué había venido, y lo que buscaba.

—¡Ay, joven! —le dijo el sabio— ¡nunca encontrarás lo que buscas! Pues nada hay eterno en la tierra. Cuando los hombres firman un contrato, le fijan término. Lo que hoy adquieren, tendrán que dejárselo mañana a otros. Las viejas rencillas terminan por extinguirse. Los ríos crecen y se desbordan, pero al fin vuelven a bajar sus aguas. Cuando la mariposa sale de su capullo no vive sino un día. Todo tiene su tiempo y su época.

—Cierto —le contestó el héroe—. Pero tú mismo no eres sino un mortal, en nada diferente de mí; y sin embargo, vives perennemente. Dime cómo has encontrado el secreto de la vida, para llegar a ser semejante a los dioses.

Los ojos del anciano adquirieron un matiz de lejanía. Pareció como si todos los días de todos los años estuvieran pasando en precesión ante él. Finalmente, al cabo de una larga pausa, levantó la cabeza y sonrió.

—Gilgamesh —dijo lentamente—, te diré el secreto, un secreto noble y sagrado, que nadie conoce fuera de los dioses y de mí mismo. Y le relató la historia del gran diluvio que los dioses habían enviado sobre la tierra en época remota, y cómo Ea, el benévolo dios de la sabiduría, le había advertido de antemano por medio del silbido del viento que gemía entre los juncos de su cabaña. Obedeciendo las órdenes de Ea había construido un arca, la había calafateado con alquitrán y asfalto, había embarcado en ella a su familia y su ganado, y había navegado durante siete días y siete noches mientras las aguas crecían, las tormentas rugían desencadenadas, y los relámpagos centelleaban. Al séptimo día, el arca había encallado en una montaña en los confines del mundo, y él había abierto una ventana del arca, soltando una paloma, para ver si las aguas habían descendido. Pero la paloma había regresado, por falta de un lugar donde posarse. Luego había soltado una golondrina, y ella también había retornado. Por último, había soltado un cuervo, y este no regresó. Entonces había desembarcado a su familia y a su ganado, y había hecho ofrendas a los dioses. Pero repentinamente el dios de los vientos descendió de cielo, lo volvió a conducir al arca, junto con su esposa, y lo hizo navegar sobre las aguas nuevamente, hasta llegar a la isla del lejano horizonte, donde los dioses lo habían colocado para morar en ella eternamente.

Cuando Gilgamesh oyó este relato, se dio cuenta en seguida de que su búsqueda había sido vana, pues ahora era evidente que el anciano no tenía fórmula alguna que darle. Se había vuelto inmortal, como acababa de comprenderlo, por gracia especial de los dioses, y no, como Gilgamesh había imaginado, por la posesión de algún conocimiento oculto. El Dios-Sol tenía razón, y también la tenían los hombres-escorpiones, al igual que la posadera. Lo que buscaba, nunca lo encontraría; al menos, no de este lado de la tumba.

Cuando el viejo hubo terminado su historia, miró fijamente el rostro ajado y los ojos fatigados del héroe.

—Gilgamesh —le dijo bondadosamente— debes descansar un poco. Acuéstate, y duerme durante seis días y siete noches. —Y no bien hubo pronunciado estas palabras, Gilgamesh se durmió profundamente.

Entonces Utnapishtim se volvió hacia su mujer: ¡vivir eternamente, si ni siquiera puede estarse sin dormir! Cuando despierte, por supuesto que lo negará —los hombres siempre han sido mentirosos— de modo que quiero que le des una prueba de su sueño. Por cada día que duerma, cuece una hogaza de pan y colócala junto a él. Día tras día esas hogazas se pondrán duras y se enmohecen, y al séptimo día, cuando las vea en hilera ante sí, comprobará, por su estado, cuánto tiempo ha pasado durmiendo.

Así fue como todas las mañanas la esposa de Utnapishtim coció una hogaza, e hizo una marca en la pared para llevar cuenta de que otro día había pasado; y, naturalmente, al cabo de seis días, la primera hogaza se había secado, la segunda estaba como cuero, la tercera estaba empapada, la cuarta tenía manchas, la quinta estaba llena de moho, y solo la sexta parecía fresca.

Cuando Gilgamesh se despertó pretendió por supuesto que nunca había dormido:

—¿Qué es esto? —le dijo a Utnapishtim—. En el momento en que voy a echarme una siestita me empujas el codo, ¡y me despiertas! —Pero Utnapishtim le mostró los panes, y entonces Gilgamesh comprendió que había dormido durante seis días y siete noches.

Entonces Utnapishtim le ordenó lavarse y limpiarse, y prepararse para el viaje de regreso. Pero cuando el héroe subía a su bote, listo para partir, la esposa de Utnapishtim se acercó.

—Utnapishtim —dijo—, no puedes enviarlo de vuelta con las manos vacías. Ha cumplido un largo viaje, con gran esfuerzo y fatiga, y debes hacerle un regalo al partir.

El anciano alzó la mirada, y contempló detenidamente al héroe:

—Gilgamesh —le dijo—, te diré un secreto. En las profundidades del mar hay una planta que parece una estrellamar y tiene espinas como una rosa. ¡El hombre que de ella se apodera y la saboree recuperará su juventud!

Cuando Gilgamesh oyó estas palabras ató pesadas piedras a sus pies y se sumergió en las profundidades del mar, y allí, en el lecho del océano, encontró a la espinosa planta. Sin cuidarse de sus pinchazos la asió con sus dedos, cortó los lazos que sujetaban las piedras a sus pies, y esperó que la marea lo llevara hasta la costa.



Entonces mostró la planta a Urshanabi el botero:

—Mira —le dijo-, ¡esta es la famosa planta llamada “Rejuvenece-barba-gris”!
¡Aquel que la prueba renueva su plazo de vida! La llevaré conmigo a Erech y haré
que el pueblo la coma. ¡Al menos así tendré alguna recompensa por mis fatigas!

Luego de haber cruzado las peligrosas aguas y de tocar la tierra, Gilgamesh y su
compañero iniciaron el largo viaje a pie hasta la ciudad de Erech. Cuando hubieron
recorrido cincuenta leguas el sol comenzó a ponerse, y buscaron entonces un lugar
donde pasar la noche. De súbito dieron con un fresco arroyuelo.

—Descansaremos aquí —dijo el héroe-. Yo voy a bañarme.

Se quitó en seguida sus ropas, depositó la planta en el suelo, y se sumergió en
las frescas aguas del arroyo. Pero en cuanto volvió sus espaldas, una serpiente
salió del agua, y al olfatear la fragancia de la planta se la llevó consigo. Y apenas la
probó, se desprendió de su vieja piel y recuperó su juventud.

Cuando Gilgamesh vio que la preciosa planta había escapado de sus manos
para siempre, se sentó y lloró con amargura. Pero pronto volvió a levantarse, y re-
signado finalmente a compartir la suerte de toda la humanidad, volvió a la ciudad
de Erech, retornando a la tierra de donde había venido.

El malentendido

Anónimo, en: *El cuento popular*, Buenos Aires, CEAL, 1977.

¿Saben ustedes lo que ha sucedido en Moral ahora poco? Cosa horrible. Hay una familia compuesta de la madre y dos hijas; la una casada vive en un paraje no distante, y un hermano que salió niño para América volvía con una buena fortuna en doblones. Llega a casa de la hermana casada, se hace reconocer y le cuenta la buena nueva, anunciándole que va a casa de su madre de quien no se hará reconocer para darle un chasco. Al día siguiente la hermana va a la casa paterna, y signo ninguno exterior le indica la presencia de su hermano. —¿Y el viajero?, pregunta. —¿Qué viajero? —le contestan madre e hija desfavoridas. —El viajero que vino a alojarse. —No ha venido nadie —contesta la madre pálida. —Se fue esta mañana —contesta al mismo tiempo la hija. —Pero, madre, era Antonio que venía de América, rico. —¡Antonio, mi hijo! ¡Mi hermano! —exclaman mesándose los cabellos—, ¡y el corazón no me había dicho nada!... ¡Madre y hermana lo habían asesinado en la noche por apoderarse del saco de onzas...!

El sombrero metamórfico

Silvina Ocampo, en: *Cuentos completos II*, Buenos Aires, Emecé, 1999.

Los sombreros se usan para precaverse del sol o del frío. Los campesinos no pueden prescindir de ellos; los alpinistas, tampoco. No son meros objetos frívolos, decorativos o ridículos. Se usan también o se usaron para saludar, para halagar, para molestar.

¿No conocen la historia del sombrero metamórfico?

Existió en el sur de Inglaterra, en 1890. Cuentan que era de terciopelo verde y tan apropiado para los hombres como para las mujeres. Una plumita engarzada en un anillo de nácar era su único adorno. Este sombrero apareció por primera vez en la casa de un señor inglés, a las ocho de la noche de un mes de marzo. Nadie reconoció ni reclamó el sombrero. Al día siguiente, cuando lo buscaron para examinarlo, no estaba en ningún rincón de la casa. Otra vez, apareció en la casa de un médico, a la misma hora. El médico, creyendo que era de la paciente que acababa de irse, lo guardó en su ropero, cosa que molestó a su mujer. La disputa duró hasta el alba, en que hablaron de divorcio. Otra vez provocó un duelo entre dos jóvenes, amantes de una misma señora. La aparición del sombrero, que llevaba de adorno un anillo, había provocado en ambos la sospecha de una activa infidelidad. El sombrero fue a dar al Támesis, pues no había forma de deshacerse de él; quien lo arrojó fue castigado con veinte latigazos. El sombrero se había oscurecido; algo humano tenía en el lado derecho del ala, sobre el ojo de quien lo probaba, dándole ganas de acariciarlo.

—No lo toquen, niños —exclamaban las personas mayores, cuando los jóvenes se lo probaban.

—Trae mala suerte. Habrá pertenecido a algún brujo o bruja, que se dedica a hacer malas jugadas. Entra en las casas sin que nadie lo lleve. Es un intruso. Los objetos son como las personas, malas o buenas. Este es malo.

—No es malo —le aseguró un niño a una niña—. Si me lo pongo, soy Juana de Arco, oigo voces.

—Y yo Enrique Octavo —dijo la niña, tratando de arrebatárselo.

Por increíble que parezca, la niña se parecía a Enrique Octavo.

Tanto y tanto hicieron que el sombrero fue a dar otra vez al Támesis, y el que lo rescató, un transeúnte cualquiera, se lo llevó a su casa. No lo guardó, le agregó unas florcitas de seda y lo llevó a la feria para venderlo, con un conjunto de blusa y falda.

En algún diario salió la noticia del sombrero. Adquirió una fama extraña; fue a dar a una sombrerería, que vendía sombreros masculinos y femeninos. Frente al desmesurado espejo del probador, ocurrían transformaciones mágicas. Durante esas transformaciones, el espejo perdía su claridad por un instante y se llenaba de raras líneas negras y sombras de animales. Probarse aquel sombrero bastaba para que un hombre se volviera mujer y una mujer hombre. Las madres de algunos niños no dejaban que sus hijos pasaran frente a la puerta de la sombrerería por miedo a que sufrieran una indebida metamorfosis. Muchas clientas ofrecían toda su fortuna con tal de comprar el sombrero, pero el precio estaba por encima de sus posibilidades; además, la moda ya había cambiado.

El sombrero seguía colocado en el escaparate más visible y lujoso de la casa. Se dijo que bastaba probarse una vez el sombrero para lograr la cura de una sinusitis, de una angina o de un glaucoma. También se dijo que curaba los males de amor; conseguía enamorar a quien se lo probara, si miraba en el espejo una fotografía del elegido. Estas curas resultaban costosas. El sombrero, de tan manoseado, no se desteñía ni se marchitaba. Dijeron los clientes que lo habían falsificado, con falso terciopelo, que ya no era de ese verde tan delicado, sino de un verdinegro que engañaba a los ojos.

—Tal vez se dedique a la maldad —dijeron ciertos malvados.

—Es un sombrero que se parece a las personas.

No sé si tuvieron razón, pero el mal se apoderó de los ánimos.

—Trae mala suerte, irradia veneno —dijo un sabio, no por maldad sino por sabiduría—. Hay que matarlo.

Lo mataron. ¿Cómo? Nunca se sabrá. Pero dicen que se agitó cuando le arrancaron el ala y que dio un imperceptible grito.

En el espejo quedó por un tiempo un reflejo verde, como el de algunas piedras.



Poemas de las islas, y el río de la Muerte

Raúl González Tuñón, en: *Antología poética*, Buenos Aires, Losada, 1980.

En el país en donde el viento cambia de nombre cada cien lenguas.
En el país en donde nacen las grandes crecientes y naufragan las veletas.
En el país donde los ríos cambian de nombre cada cien leguas.
Donde las orquídeas son devoradas por lianas.
En la cuenca del Amazonas y del Plata,
Poblada de gatos monteses, caimanes, jabalíes, basiliscos,
Multicolores moscardones, grandes pájaros asesinos.
En el país donde la selva atrapa con el sutil veneno
de la terrible fiebre verde.
Allí donde se encuentran los imponentes ríos, vecinos del dolor y del espanto de
los caucheros y los leñadores.
Y más allá, donde yacen extrañas ciudades enterradas desde hace miles de años;
sus muertos, sus hazañas y sus ritos.
En el país donde disputan vientos y soles, lluvias y sequías,
olores excitantes, grillos mágicos, sapos gigantes.
Allí donde hay algo más que el oro y los diamantes,
más que el bosque compacto, las selvas vírgenes y los ríos tremendos:
hay, en el corazón misterioso de este mundo,
la total, fascinante atracción de la selva.
Y pregúntele a Fawcett, explorador inglés, si es que retorna
de la isla que navega en el Río de la Muerte,
rumbo a un destino inexorable, hacia el Océano.
Hacia el inconmensurable cementerio
De aventureros, de islas y de barcos.



El viajero contemplando un mar de nubes, óleo sobre lienzo 98, 4 x 74,8 cm. Caspar David Friedrich, 1817-18 (detalle).

Blues del barco abandonado

Raúl González Tuñón, en: *Antología poética*, Buenos Aires, Losada, 1980.

A Evita Botana

Aquí estoy desde el día en que varó la rosa.
Nadie podrá saber quién distrajo su rumbo.
Aquí fui destruyéndome y hoy, casi vuelto al árbol,
sólo la fiel madera permanece en su forma.
La tempestad me trajo del pedrusco y el limo
Que arrebaté al secreto de las aguas atroces.
Los naufragos partieron y el capitán, sin novia,
Quedó en los arrecifes lejanos del olvido.

Cuando la luna saca mi mascarón a flote
la aventura vacía se puebla de recuerdos,
donde en el remolino de las ondas amargas
una paloma besa la frente de la noche.

Vuelvo a ver hondos puertos de carbón y de sal,
tiestos en la ventana del aduanero triste,
y oigo los acordeones que en los barcos de sombra
dicen dulces Italias en nostalgia de mar.
Vuelvo a ver marineros que cantan en las fondas,
deliciosos tatuajes con nombres de mujeres,
la cajita de música y el pontón fatigado
en donde el ángel vela su sueño de gaviota.

Vuelvo a ver horizontes de aldeas sumergidas,
lavanderas que lloran a los maridos muertos,
callejones con fondos de silueta de ahorcado
y el muelle, cuando atracan las ratas perseguidas.

He bordeado la isla de florida fragancia
la tarde en que me vieron pasar los pescadores.
Yo iba a recoger a sus hijos perdidos
en el feroz remanso que devoró la balsa.
Vencedor de la niebla, timonel de ojo astuto,
por los ríos famosos cargué placer y pena,
alegres contrabandos de amores fugitivos,

el jugador fullero y el leñador oscuro.
Ni los soles tremendos ni la bruma enervante
consiguen abatir mi esqueleto solemne.
Sólo turban la paz de mi prisión medida
los asaltos furtivos de los niños salvajes.

Quisiera ser un puente, un andamio, un refugio
en la lluvia o el féretro de los exploradores.
No estar aquí tumbado, deshabitado, eterno.
Quisiera ser el arca del último diluvio.

A veces desde el tiempo, por la playa desnuda
viene Mary Celeste. Su adolescencia errante
bajo la Cruz del Sur se tiñe extrañamente
y me contempla, solo, desierto de la espuma.

Su clara aparición me hace amar esta orilla,
el otoño mojado y mi antigua congoja.
Entonces un albatros nace en alguna parte,
y se torna dorada mi magnífica ruina.



La mujer que gastaba las escobas

Anónimo, en www.imaginaria.com.ar (traducción de Máximo Damián Morales)

Había una vez un joven matrimonio muy feliz. El hombre se llamaba José y la mujer tenía por nombre Alba. Los dos eran personas muy trabajadoras y gozaban de muy buena salud.

El marido trabajaba como empleado en una tienda de telas, cuyo dueño le había tomado mucho cariño. De a poco había ido ganándose su afecto y respeto hasta convertirse en el encargado general, y aspiraba a que, algún día, cuando el dueño falleciera, le legara la tienda, ya que este no tenía hijos.

La mujer era fuerte y de penetrante mirada, su cabello tenía unos pocos rizos colorados y su nariz estaba moteada por algunas pecas. Trabajaba todo el día en la casa, limpiando, dándole de comer a los animales y cuidando la pequeña huerta. Aún no tenían hijos pero deseaban tenerlos.

Todos los lunes, cuando el marido se preparaba para ir a trabajar, ella le pedía dinero para comprar una nueva escoba. José no podía entender cómo hacía para gastar una escoba por semana.

—¿Pero qué es lo que haces con las escobas, mujer?

—Querido esposo —respondía ella con su más dulce voz—, entra mucho polvillo, barro y hojas de afuera, y sabes que yo soy muy limpia. Es mi deso que nuestro hogar sea un lugar libre de suciedad. Además, dime: ¿en qué clase de casa te gustaría que criara a tus hijos?

El marido no tenía ganas de discutir por una escoba, así es que le dejó una moneda más sobre la mesa y partió a su trabajo.

Todos los lunes José le dejaba dinero para que su esposa comprara una escoba nueva y hasta un par de veces, llevado por la curiosidad, él mismo revisó la usada antes de arrojarla al fogón como leña. Todas se encontraban en un estado deplorable, algunas estaban tan gastadas que casi no les quedaba paja.

Un domingo en la misa, José quedó impresionado por el sermón que dio el sacerdote. Habló de brujería y de los poderes oscuros que el Diablo utilizaba para atraer a sus víctimas y conseguir adeptos que dañaran, por medio de hechizos terribles, a los pobres y fieles cristianos.

—La mujer —decía el cura con el dedo índice levantado como dando una sentencia— es especialmente débil frente a las artimañas del Diablo. Recuerden que fue una mujer, Eva, la que mordió la manzana y se la ofreció a Adán y por ese motivo fueron expulsados del Paraíso, que Dios había hecho para ellos, para que vivieran en la total y absoluta felicidad.

La gente asentía los dictámenes del sacerdote y guardaban el más inquebrantable silencio, prestando especial atención a sus palabras. Muchas de las personas de ese pueblo, por primera vez, estaban oyendo un sermón interesante, algo que verdaderamente valía la pena escuchar.

—Hacer brujería es lo mismo que hacer un pacto con el Demonio —continuaba el sacerdote—. Hay que prestar atención a las pequeñas pruebas, los detalles que nos demuestran, con la luz de la verdad, que la oscuridad mora entre nosotros.

Toda la gente del pueblo regresó a sus casas con las palabras del cura en su memoria; el miedo atenazaba sus almas y las dudas mortificaban su mente.

A la mañana siguiente, José se preparó para ir a trabajar. Desayunó con su esposa y luego, antes de marcharse, ella le dijo:

—Déjame una moneda para una escoba nueva.

José se estremeció porque sintió que en esas palabras resonaba la voz del Diablo. ¿Sería su mujer una bruja? ¿Qué clase de brujerías haría con las escobas que él le pagaba? Cuando llegó a ese pensamiento, su corazón dio un vuelco: ¿el también sería atrapado por las garras del Demonio por contribuir a los hechizos con escobas que él mismo compraba?

La mujer había dejado sus tareas y lo miraba fijamente. ¿Podría leerle el pensamiento? ¿Era su mujer o el Demonio quien lo estaba mirando de esa forma?

—Aquí tienes, mujer, una moneda ganada con el sudor de mi frente como Dios manda.

Alba, sorprendida, tomó la moneda y luego sonrió.

—Que te vaya bien, querido.

El día de trabajo fue terrible, y José calculó mal varias veces la longitud que debía cortar y desperdició varios metros de preciosa tela. Las cuentas no le salían, la tijera no cortaba, le dolía la cabeza y no podía pensar en otra cosa que no fuera su mujer, el Diablo y las escobas. Caminó lentamente de regreso a su casa, fue rezando y tratando de tranquilizarse.

—Tal vez —se decía a sí mismo— yo estoy asustado y mi pobre mujer no es más que una trabajadora de Dios que cumple con la tarea de mantener limpio el hogar.

Pero decidió que, a partir de ese momento, le prestaría atención al estado de las escobas.

Su mujer lo esperaba con una succulenta cena caliente, y a pesar de que José desconfió en un primer momento, comió toda la comida que le sirvió. Ella se fue a acostar y, antes de hacerlo él, buscó la escoba y la encontró casi como nueva. Suspiró y se fue a dormir.

A la mañana siguiente se levantó y fue a verificar cómo estaba la escoba: se encontraba en el mismo estado y lugar en que la había visto a la noche.

Más tranquilo, desayunó con su amada y partió al trabajo.

La jornada resultó buena y José regresó a su casa como siempre. Cenó con su esposa, quien le dijo que estaba cansada, y le propuso irse a dormir más temprano. José también sentía sueño, pero antes de acompañarla fue a ver la escoba: se encontraba en el mismo estado que el día anterior. Regresó con su mujer, se sumergió entre las mantas y se durmió inmediatamente.

A la mañana siguiente se levantó, desayunó y estaba por irse a trabajar cuando vio que la escoba, apoyada contra el umbral de la puerta que daba hacia la calle, estaba casi deshecha, como si alguien la hubiera usado toda la noche.

Su corazón dio un vuelco. Miró a su mujer y, aún poniéndose el chaleco, partió rápidamente sin saludar.

—¡No puede ser! —se quejaba mientras caminaba hacia la tienda—. ¡Mi mujer no puede ser una bruja!

Otra vez volvió a tener un mal día de trabajo: la gente que entraba en la tienda se iba sin comprar y los géneros que cortaba siempre eran demasiado cortos o demasiado largos.

Regresó a su casa con el semblante serio, pensando que no se dejaría engañar por las argucias del Diablo. Decidió que, a partir de ese momento, no comería nada de lo que ella le preparara.

Alba notó el cambio de actitud de su marido: él casi no le hablaba, no comía y, a la noche, se levantaba a cada rato.

José se levantaba todas las noches para verificar el estado de la escoba, que

se encontraba igual de estropeada que la última vez que la había visto. También espiaba a su esposa y la observaba dormir.

La falta de buena comida y de sueño lo estaban mortificando demasiado, no era lo habitual para alguien que llevaba una vida cómoda. Iba a desistir de sus espiadas nocturnas, hasta que llegó la noche del viernes.

José luchaba interiormente para mantenerse despierto pero aparentando que dormía. Como si se tratara de un juego, acompasó su respiración e, incluso, emitió algunos ronquidos.

De pronto, su mujer se volvió en la cama y lo observó detenidamente. José la podía ver entre las pestañas de los párpados que mantenía casi cerrados.

La mujer se levantó suavemente, casi sin mover la cama. Entornó la puerta y caminó hasta la cocina sin encender ninguna luz. José, a su vez, se levantó despacio y, sin hacer ruido, se acercó a la rendija para espiarla.

Vio que su mujer se quitaba toda la ropa, quedándose completamente desnuda. El reflejo de la luna brillaba sobre su cuerpo pecaminoso. Nunca la había visto así, tan radiante, tan libre, tan atractiva y tan... ¡desnuda!

La lujuria se apoderó de su alma, la pasión le golpeaba cada centímetro de su cuerpo, pero rezó a Dios para que le alejara esas sensaciones lujuriosas.

Mientras luchaba con sus emociones, seguía espiando. Ahora su mujer tomaba un frasco con un líquido espeso de color verdoso, y metiendo dos dedos dentro de él, comenzaba a untarse todo el cuerpo.

Sentimientos encontrados de odio, miedo, pasión y vergüenza se sucedían en el interior del alma de José. ¿Qué debía hacer?

Finalmente decidió esperar y ver lo que hacía su esposa.

Alba tapó el frasco y lo guardó cuidadosamente en el armario, luego caminó hasta el umbral de la puerta donde estaba apoyada su escoba, la puso entre sus piernas y flexionando las rodillas se sentó sobre ella. Mencionó unas palabras mágicas, se elevó en el aire y desapareció por la chimenea.

José estaba atónito, su cuerpo temblaba. Rápidamente se calzó los zapatos y salió corriendo en busca del sacerdote.

Al llegar a la parroquia golpeó desesperadamente las puertas.

El cura le abrió y le preguntó:

—¿Qué sucede, José?

—Algo terrible, he visto algo terrible, padre.

El sacerdote lo hizo pasar y, luego de sentarlo y ofrecerle un vaso de agua, por fin, José le contó todo lo que había visto.

El cura lo miró con semblante serio y finalmente habló:

—Pues, por lo que me dices, tu mujer es una bruja, hizo un pacto con el Diablo y deberá pagar las consecuencias. Has hecho bien en venir y contarme, así estarás libre de pecado y expiarás tus culpas.

José estaba destruido y se aferraba con ambas manos su cabeza desgredada.



The Ingoldsby Legends,
Arthur Rackham (detalle).

El cura lo tomó de un hombro y le dijo:

—No te preocupes, hijo, has hecho lo correcto.

El sacerdote mandó a su ayudante a buscar a los guardias que llegaron pronto.

—Rápido, debemos hacerlo rápido antes de que se dé cuenta la bruja —dijo.

Los hombres partieron en la noche, armados con espadas, dagas y antorchas. El sacerdote iba a la cabeza con un ejemplar de las Sagradas Escrituras.

Llegaron a la casa de José y sorprendieron a la mujer en la cama.

—No nos engañas, Diablo —dijo el cura sarcásticamente.

Alba se despertó sobresaltada, parecía no saber lo que ocurría.

—¿José? ¿Eres tú? ¿Qué pasa? ¿Qué hacen todos estos guardias en nuestra casa?

—No es tu casa —respondió rápidamente el sacerdote—, el Diablo no tiene cabida en este lugar.

—¡Pero yo soy su mujer!

—¡No, eres una bruja! —repuso el cura con énfasis.

Los guardias la destaparon y la arrancaron de la cama, luego, le amarraron las manos a la espalda.

—¡Córtenle el cabello para que no pueda hacer su magia demoníaca! —ordenó el hombre del clero.

Uno de los guardias sacó una daga y comenzó a cortar tanto pelo como piel de la cabeza de la mujer, que se debatía con todas sus fuerzas.

—Arrojen su escoba del demonio al fuego, ¡que arda ahora como ella arderá en un futuro cercano!

Los guardias tomaron la escoba desgarbada y la arrojaron al fuego con temor.

—¡José! —gritaba Alba—, ¡ayúdame por favor!

—Te vi volar —dijo José, casi como en un susurro.

Ella cerró los ojos y bajó la cabeza, presa del mayor dolor: su esposo la había denunciado.

El juicio fue rápido, varios testigos aseveraron haberla visto cruzar el cielo montada en su escoba y algunos más aseguraron haber sido víctimas de maleficios que ella misma había elaborado.

La quemaron en la plaza pública, frente a los ojos de cientos de personas que concurrieron al macabro espectáculo. Todos los hombres, mujeres y niños del pueblo contemplaron la ejecución de la bruja llamada Alba. Todos menos su marido, José, que a partir de ese día ya no volvió a sentir alegría y, poco a poco, se fue sumergiendo en una angustia cada vez más profunda hasta que murió. Algunos dicen que murió de pena, debido a su remordimiento por lo que había hecho, pero muchos más dicen que murió hechizado por el último deseo de la bruja llama Alba, la mujer que gastaba las escobas.

El miedo

Eduardo Galeano, en: *Mujeres*, Buenos Aires, Biblioteca Página/12, s/r.

Esos cuerpos nunca vistos los llamaban, pero los hombres nunca no se atrevían a entrar. Habían visto comer a las mujeres: ellas traban la carne de los peces con la boca de arriba, pero antes la mascaban con la boca de abajo. Entre las piernas, tenían dientes.

Entonces los hombres encendieron hogueras, llamaron a la música y cantaron y danzaron para las mujeres.

Ellas se sentaron alrededor, con las piernas cruzadas.

Los hombres bailaron durante toda la noche. Ondularon, giraron y volaron como el humo y los pájaros.

Cuando llegó el amanecer, cayeron desvanecidos. Las mujeres los alzaron suavemente y les dieron agua para beber.

Donde ellas habían estado sentadas, quedó la tierra toda regada de dientes.

Aparición

**Guy de Maupassant, en: *Magnetismo*,
Buenos Aires, Biblioteca Página/12, s/r.**

Se hablaba de secuestros a propósito de un reciente proceso. Era al final de una velada íntima, en la calle de Grenelle, en una antigua mansión, y cada cual tenía su historia, una historia cuya autenticidad afirmaba.

Entonces el viejo marqués de La Tour-Samuel, de 82 años de edad, se levantó y fue a apoyarse en la chimenea. Dijo con su voz algo temblona:

“También yo sé una cosa extraña, tan extraña que ha sido la obsesión de mi vida. Hace ya 56 años que me ocurrió esa aventura, y no pasa un mes sin que la vuelva a ver en sueños. De ese día me ha quedado una marca, una impronta de miedo, ¿entienden ustedes? Sí, padecí un horrible espanto, durante diez minutos, y con tal intensidad que a partir de esa hora perdura en mi alma una especie de terror constante. Los ruidos inesperados me hacen estremecerme hasta la médula; los objetos que distingo mal en las sombras del atardecer me dan unas ganas locas de escapar. En fin, tengo miedo de noche.

¡Oh! No habría confesado esto antes de llegar a la edad que tengo. Ahora puedo decirlo todo. Cuando uno tiene 82 años, está permitido no ser valiente ante peligros imaginarios. Ante los peligros reales no he retrocedido nunca, señoras.

Esta historia trastornó tanto mi espíritu, me infundió una turbación tan honda, tan misteriosa, tan horrible, que ni siquiera la conté nunca. La guardé en el íntimo fondo

de mí, en ese fondo donde se guardan los secretos penosos, los secretos vergonzosos, todas las inconfesables debilidades que tenemos en nuestra existencia.

Voy a contarles la aventura tal cual, sin tratar de explicarla. Con toda seguridad es explicable, a menos que haya tenido yo una hora de locura. Pero no, no he estado loco, y les daré una prueba. Imagínense lo que quieran. He aquí los simples hechos.

Era en 1827, en el mes de julio. Yo me encontraba de guarnición en Ruán.

Un día, cuando me paseaba por el muelle, tropecé con un hombre al que creí reconocer, aunque sin recordar exactamente quién era. Hice, instintivamente, ademán de detenerme. El extraño se dio cuenta del gesto, me miró y cayó en mis brazos.

Era un amigo de la juventud a quien había querido mucho. Durante los cinco años que no lo había visto, parecía haber envejecido medio siglo. Su pelo era completamente blanco; y andaba encorvado, como agotado. Comprendió mi sorpresa y me contó su vida. Una horrible desgracia lo había destrozado.

Locamente enamorado de una joven, se casó con ella entre una especie de éxtasis de felicidad. Tras un año de dicha sobrehumana y de pasión inextinguible, ella había muerto repentinamente de una enfermedad del corazón, matada por el propio amor, sin duda.

El abandonó su quinta el mismo día del entierro, y había venido a habitar en su mansión de Ruán. Y allí vivía, solitario y desesperado, roído por el dolor, tan infeliz que sólo pensaba en el suicidio.

—Ya que te encuentro así, me dijo, te pediría que me hicieras un gran favor, y es ir a buscar en el escritorio de mi habitación, de nuestra habitación, unos papeles que necesito con urgencia. No puedo encargar esa diligencia a un subalterno o a un hombre de negocios, pues es menester una impenetrable discreción y un silencio absoluto. Por mi parte, por nada del mundo entraría en esa casa.

“Te daré la llave de esa habitación, que cerré yo mismo a marcharme, y la llave del escritorio. Le entregarás además, una nota mía al jardinero, que te abrirá la quinta.

“Pero ven a almorzar conmigo mañana, y hablaremos de ello— concluyó mi amigo.

Prometí hacerle aquel pequeño favor. Por lo demás, para mí era un simple paseo, pues su posesión estaba situada a unas cinco leguas de Ruán. Tardaría una hora a caballo.

A las diez, al día siguiente, estaba en su casa. Almorzamos los dos solos; pero él no pronunció ni veinte palabras. Me rogó que lo disculpase; la idea de la visita que yo iba a hacer a aquella habitación, donde yacía su felicidad, le trastornaba, me dijo. Y, en efecto, me pareció singularmente agitado, preocupado, como si en su alma se librara un misterioso combate.

Por último me explicó exactamente lo que debía hacer. Era muy sencillo. Debía coger dos paquetes de cartas y un fajo de papeles guardados en el primer cajón de la derecha del mueble cuya llave tenía. Agregó: No necesito rogarte que no pases los ojos por ellos.

Casi mi hirió esa frase, y se lo dije un poco vivamente. Balbució:

—Perdóname, sufro demasiado—. Y se echó a llorar.
Lo dejé hacia la una para cumplir mi misión.

Hacía un tiempo radiante, y yo marchaba a trote largo a través de las praderas, escuchando cantos de alondras y el rítmico ruido del sable sobre mi bota.

Después entré en el bosque y puse mi caballo al paso. Las ramas de los árboles me acariciaban el rostro, y a veces atrapaba una hoja con los dientes y la masticaba ávidamente, con una de esas alegrías de vivir que nos llenan sin saber por qué, de una felicidad tumultuosa y como inaprensible, una especie de embriaguez de fuerza.

Al aproximarme a la quinta, busqué en el bolsillo la carta que llevaba para el jardinero, y advertí con extrañeza que estaba lacrada. Me sorprendí e irrité tanto que a punto estuve de regresar sin realizar el encargo. Después pensé que iba a demostrar con eso una susceptibilidad de mal gusto. Mi amigo había podido, además, cerrar la nota sin fijarse, turbado como estaba.

La morada parecía abandonada desde hacía veinte años. La barrera, abierta y podrida, se mantenía en pie no se sabe cómo. La hierba llenaba las avenidas; los arriates se confundían ya con el césped.

Al ruido que hice dando patadas contra un postigo salió un viejo por una puerta lateral y pareció estupefacto al verme. Salté a tierra y le entregué mi carta. La leyó, la releyó, le dio vueltas, me examinó de soslayo, se metió el papel en el bolsillo y pronunció:

—¡Bueno! ¿Y qué desea?

Respondí bruscamente:

—Usted debe saberlo, puesto que ha recibido en ese papel las órdenes de su amo; quiero entrar a la casa.

Parecía aterrado. Declaró:

—Entonces, ¿va usted a... a su habitación?

Yo empezaba a impacientarme.

—¡Pardiez! ¿Es que tiene usted la intención de interrogarme, por casualidad?

Balbució:

—No... señor..., pero es que... es que no se ha abierto desde... desde la... muerte.
Si quiere usted esperar cinco minutos, voy a ir... ir a ver si...

Le interrumpí con cólera:

—¡Ah! Vamos, ¿se burla de mí? No puede usted entrar, tengo yo la llave.

Ya no sabía qué decir.

—Entonces, señor, le enseñaré el camino.

—Enséñeme la escalera y déjeme solo. La encontraré sin usted.

—Pero... señor... sin embargo...

Esta vez me enfurecí de veras:

—Y ahora, cállese, ¿no? O tendrá que vérselas conmigo.

Lo aparté violentamente y penetré en la casa.

Atravesé primero la cocina, después dos pequeñas piezas donde el hombre vivía con su mujer. Salvé a continuación un gran vestíbulo, subí la escalera y reconocí la puerta indicada por mi amigo.

La abrí sin dificultad y entré.

El aposento estaba tan oscuro que al principio no distinguí nada. Me detuve, asaltado por ese insulso olor a moho de las piezas deshabitadas y condenadas, de las habitaciones muertas. Después, poco a poco, mis ojos se habituaron a la oscuridad, y vi con bastante nitidez una gran pieza desordenada, con una cama sin sábanas, pero con colchones y almohadas, una de las cuales tenía la huella profunda de un codo o de una cabeza, como si alguien acabara de apoyarse.

Las sillas parecían en desorden. Observé que una puerta, la de un armario sin duda, se había quedado entreabierta.

Me dirigí ante todo a la ventana para dar luz y la abrí; pero los herrajes de las contraventanas estaban tan herrumbrosos que no pude hacerlas ceder.

Intenté incluso romperlos con el sable, sin conseguirlo. Como me irritaban estos esfuerzos inútiles, y como mis ojos al final se habían acostumbrado perfectamente a la penumbra, renuncié a la esperanza de ver con más claridad y fui hacia el escritorio.

Me senté en un sillón, bajé la tapa, abrí el cajón indicado. Estaba lleno hasta los topes. Sólo necesitaba tres paquetes, que sabía cómo reconocer, y me puse a buscarlos.

Abría desmesuradamente los ojos para descifrar los sobrescritos, cuando creí oír o mejor dicho sentir un roce a mis espaldas. No le di importancia, pensando que una corriente de aire había movido alguna tela. Pero al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, hizo correr por mi piel un singular estremecimiento de desagrado. Era tan idiota alterarse, aunque fuera un poco, que no quise volverme, por pudor de mí mismo. Acababa entonces de descubrir el segundo de los fajos que necesitaba; y en el mismo momento en que encontraba el tercero, un grande y penoso suspiro, lanzado contra mi espalda, me hizo dar un salto a dos metros de allí. En mi impulso me había vuelto, con la mano en el puño del sable, y con seguridad, de no haberlo sentido a mi costado, habría huido como un cobarde.

Una mujer alta, vestida de blanco, me miraba, de pie tras el sillón donde estaba sentado un segundo antes.

¡Corrió por mis miembros una sacudida tal que apunto estuve de caerme de espaldas! ¡Oh! Nadie puede entender, a menos que los haya sentido, esos espantosos y estúpidos terrores. El alma se funde; ya no se nota el corazón; el cuerpo entero se vuelve blando como una esponja; diríase que todo nuestro interior se derrumba.

No creo en fantasmas; pues bien: ¡desfallecí con el horrible miedo a los muertos!, y sufrí, ¡oh!, sufrí en unos instantes más que en todo el resto de mi vida, con la angustia irresistible de los espantos sobrenaturales.

¡Si ella no hubiera hablado, tal vez yo habría muerto! Pero habló; habló con una voz dulce y dolorida que hacía vibrar los nervios. No me atreveré a decir que reco-

bré el dominio de mí y que recuperé la razón. No. Estaba tan enloquecido que no sabía lo que hacía; pero esa especie de íntimo orgullo que hay en mí, y en parte también el orgullo de mi oficio, me hacían conservar, casi a mi pesar, una compostura honorable. Fingía ante mí, y ante ella sin duda, ante ella, fuese quien fuese, mujer o espectro. Me di cuenta de esto más adelante, pues les aseguro que, en el instante de la aparición, no pensaba en nada. Tenía miedo. Ella dijo:

—¡Oh!, caballero, ¡puede usted hacerme un favor muy grande!

Quise responder, pero me fue imposible pronunciar una palabra. Un vago ruido salió de mi garganta.

Ella prosiguió:

—¿Quiere usted? Puede salvarme, curarme, sufro atrocemente. Sufro, ¡oh!, ¡cuánto sufro!

Y se sentó suavemente en mi sillón. Me miraba:

—¿Quiere usted?

Dije que sí con la cabeza, pues aún tenía la voz paralizada.

Entonces ella me tendió un peine de carey y murmuró:

—Péineme, ¡oh!, péineme, eso me curará; es precioso que me peine. Fíjese en mi cabeza... ¡Cómo sufro! ¡Y qué daño me hace el pelo!

Sus cabellos sueltos, muy largos, muy negros, me parecía, colgaban sobre el respaldo del sillón y llegaban al suelo.

¿Por qué lo hice? ¿Por qué recibí temblando aquel peine y por qué cogí en mis manos sus largos cabellos que me dieron en la piel una sensación de frío atroz, como si hubiese manejado serpientes? No lo sé.

Esa sensación se me ha quedado en los dedos y me estremezco al pensar en ella.

La peiné. Manejaba no sé cómo aquella cabellera de hielo. La retorcí, la até y la desaté, la trencé como se trenzan las crines de un caballo. Ella suspiraba, inclinaba la cabeza, parecía feliz.

De pronto me dijo: “¡Gracias!”, me arrebató el peine de las manos y escapó por la puerta que yo había visto entreabierta.

Al quedarme solo sentí, durante unos segundos, esa confusa turbación de quien despierta tras una pesadilla. Después recobré por fin mis sentidos; corrí a la ventana y rompí las contraventanas de un furioso empujón.

Una oleada de luz entró. Me lancé hacia la puerta por donde aquel ser se había marchado. La encontré cerrada e inquebrantable.

Entonces me invadió una fiebre de huir, un pánico, el verdadero pánico de las batallas. Aferré bruscamente los tres paquetes de cartas sobre el escritorio abierto; crucé el aposento corriendo, salté los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, me encontré fuera sin saber por dónde, y viendo mi caballo a diez pasos, lo monté de un brinco y partí al galope.

Sólo me detuve en Ruán y ante mi casa. Tras haber arrojado las bridas a mi ordenanza, me refugié en mi cuarto, donde me encerré para reflexionar.

Entonces, durante una hora, me pregunté ansiosamente si no habría sido juguete de una alucinación. Seguramente había tenido una de esas incomprensibles conmociones nerviosas, uno de esos trastornos cerebrales que engendran los milagros, y a los que debe su poderío lo sobrenatural.

Y ya iba a creer en una visión, en un error de mis sentidos, cuando me acerqué a la ventana. Mis ojos, por casualidad, descendieron sobre mi pecho. ¡Mi dormán estaba lleno de largos cabellos femeninos que se habían enredado en los botones!

Los cogí uno por uno y los tiré con dedos temblorosos.

Después llamé a mi ordenanza. Me sentía demasiado emocionado, demasiado turbado para ir ese mismo día a casa de mi amigo. Y además deseaba reflexionar detenidamente sobre lo que debía decirle.

Mandé que le llevaran sus cartas, de las que entregó recibo al soldado. Se interesó mucho por mí. Le dijeron que estaba indispuesto, que había cogido una insolación, no sé qué. Pareció inquieto.

Me dirigí a su casa al día siguiente, en cuanto amaneció, resuelto a decirle la verdad. Había salido la noche anterior y no había regresado. Regresé durante el día, no lo habían vuelto a ver. Esperé una semana. No reapareció. Entonces avisé a la justicia. Lo buscaron por todas partes, sin descubrir un rastro de su paso o de su retiro. Se hizo una minuciosa visita a la quinta abandonada. No se descubrió nada sospechoso.

Ningún indicio reveló que allí hubiese estado escondida una mujer.

Como la investigación no desembocaba en nada, se interrumpieron las pesquisas. Y, al cabo de 56 años, nada he averiguado. No sé nada más.

“Apparition”, *Le Gaulois*, 4 de abril de 1883.



El hombre sin cabeza

Ricardo Mariño, en: www.imaginaria.com.ar



El hombre, el escritor, solía trabajar hasta muy avanzada la noche. Inmerso en el clima inquietante de sus propias fantasías escribía cuentos de terror. La vieja casona de aspecto fantasmal en la que vivía le inspiraba historias en las que inocentes personas, distraídas en sus quehaceres, de pronto conocían el horror de enfrentar lo sobrenatural.

Los cuentos de terror suelen tener dos protagonistas: uno que es víctima y testigo, y otro que encarna el mal. El “malo” puede ser un muerto que regresa a la vida, un fantasma capaz de apoderarse de la mente de un pobre mortal, alguna criatura de otro mundo que trata de ocupar un cuerpo que no es el suyo, un hechicero con poderes diabólicos...

Un escritor sentado en su sillón, frente a una computadora, a medianoche, en un enorme caserón que sólo él habita, se parece bastante a las indefensas personas que de pronto se ven envueltas en esas situaciones de horror. Absorto en su trabajo, de espaldas a la gran sala de techos altos, con muebles sombríos y una lúgubre iluminación, bien podría resultar él también una de esas víctimas que no advierten a su atacante sino hasta un segundo antes de la fatalidad.

El cuento que aquella noche intentaba crear Luis Lotman, que así se llamaba el escritor, trataba sobre un muerto que, al cumplirse cien años de su fallecimiento, regresaba a la antigua casa donde había vivido o, mejor dicho, donde lo habían asesinado.

El muerto regresaba con un cometido: vengarse de quien lo había matado. ¿Cómo podía vengarse de quien también estaba muerto? El muerto del cuento se iba a vengar de un descendiente de su asesino.

Para dotar al cuento de detalles realistas, al escritor se le ocurrió describir su propia casa. Tomó un cuaderno, apagó las luces y recorrió el caserón llevando unas velas encendidas. Quería experimentar las impresiones del personaje-víctima, ver con sus ojos, percibir e inquietarse como él. Los detalles precisos dan a los cuentos cierto efecto de verosimilitud: una historia increíble puede parecer verdad debido a la lógica atinada de los eslabones con que se va armando y a los vívidos detalles que crean el escenario en que ocurre.

La casa del escritor era un antiquísimo caserón heredado de un tío —hermano de su padre— muerto de un modo macabro hacía muchos años. Los parientes más viejos no se ponían de acuerdo en cómo había ocurrido el crimen, pero coincidían en un detalle: el cuerpo había sido encontrado en el sótano, sin la cabeza.

De chico, el escritor había escuchado esa historia decenas de veces. Muchas noches de su infancia las había pasado despierto, aterrorizado, atento a los insignificantes ruidos de la casa. Sin duda, esa remota impresión influyó en el oficio que Lotman terminó adoptando de adulto.

Proyectada por la luz de las velas, la sombra de Lotman reflejada en las altas paredes parecía un monstruo informe que se moviera al lento compás de una danza fantasmal. Cuando Lotman se acercaba a las velas, su sombra se agrandaba ocupando la pared y el techo; cuando se alejaba unos centímetros, su silueta se proyectaba en la pared... sin la cabeza.

Ese detalle lo sobrecogió. ¿Cómo podía aparecer su sombra sin la cabeza?

Tardó un instante en darse cuenta de que sólo se trataba de un efecto de la proyección de la sombra: su cuerpo aparecía en la pared y la cabeza en el techo, pero la primera impresión era la de un cuerpo sin cabeza.

Anotó en su cuaderno ese incidente, que le pareció interesante: el protagonista camina alumbrándose con velas y, como algo premonitorio, observa que en su sombra falta la cabeza. El personaje no se asusta, es solo un hecho curioso. No se asusta porque él desconoce que en minutos su destino tendrá relación con un hombre sin cabeza. Y no se asusta -pensó Lotman-, porque así se asustará más al lector.

Terminó de anotar esa idea, cerró el cuaderno y decidió bajar al sótano.

Los apolillados encastres de la escalera emitían aullidos a cada pie que él apoyaba. En un año de vivir allí solo una vez se había asomado al sótano, y no había permanecido en él más de dos minutos debido al sofocante olor a humedad, las telas de araña, la cantidad de objetos uniformados por una capa de polvo y la desagradable sensación de encierro que le provocaba el conjunto. Cien veces se había dicho: "Tengo que bajar al sótano a poner orden". Pero jamás lo hacía.

Se detuvo en el medio del sótano y alzó el candelabro para distinguir mejor. Enseguida percibió el olor a humedad y decidió regresar a la escalera. Al girar, pateó involuntariamente el pie de un maniquí y, en su afán de tomarlo antes de que cayera, derribó una pila de cajones que le cerraron el paso hacia la escalera.

Ahogado, con una mueca de desesperación, intentó caminar por encima de las cosas, pero terminó trastabillando. Cayó sobre el sillón desfondado y con él se volteó el candelabro y las velas se apagaron.

Mientras trataba de orientarse, Lotman experimentó, como a menudo les ocurría a los protagonistas de sus cuentos, la más pura desesperación. Estaba a oscuras, nerviosísimo, y no encontraba la salida. Sacudió las manos con violencia tratando de apartar telas de araña, pero estas quedaban adheridas a sus dedos y a su cara. Terminó gritando, pero el eco de su propio grito tuvo el efecto de asustarlo más aún.

Quién sabe cuánto tiempo le llevó dar con la escalera y con la puerta. Cuando al fin llegó a la salida, chorreando transpiración, temblando de miedo, atinó a cerrar con llave la puerta que conducía al sótano. Pero su nerviosismo no le permitía acertar en la cerradura.

Corrió entonces hasta cada uno de los interruptores y encendió a manotazos todas las luces. Basta de "clima inquietante" para inspirarse en los cuentos, se dijo.

Estaba visto que en la vida real él toleraba muchísimo menos que alguno de sus personajes capaces de explorar catacumbas en un cementerio.

Cuando por fin llegó al acogedor estudio donde escribía, se echó a llorar como un chico.

Una gran taza de café hizo el milagro de reconfortarlo. Se sentó ante la computadora y escribió el cuento de un tirón.

Un muerto sin cabeza salía del cementerio en una espantosa noche de tormenta. Había “despertado” de su muerte gracias a una profecía que le permitía llevar a cabo la deseada venganza pensada en los últimos instantes de su agonía: asesinar, cortándole la cabeza, a la descendencia, al hijo de quien había sido su asesino: su propio hermano.

Cuando el escritor puso el punto final a su cuento sintió el alivio típico de esos casos. Se dejó resbalar unos centímetros en el sillón, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Ya había escrito el cuento que se había propuesto hacer. Dedicaría el día siguiente a pasear y a encontrarse con algún amigo a tomar un café.

Sin embargo, de pronto tuvo un extraño presentimiento...

Era una estupidez, una fantasía casi infantil, la tontería más absurda que pudiera pensarse... Estaba seguro de que había alguien detrás de él.

Cobardía o desesperación, no se animaba a abrir los ojos y volverse para mirar. Todavía con los ojos cerrados, llegó a pensar que en realidad no necesitaba darse vuelta: delante tenía una ventana cuyo vidrio, con esa noche cerrada, funcionaba como un espejo perfecto. Pensó con terror que, si había alguien detrás de él, lo vería no bien abriera los ojos.

Demoró una eternidad en abrirlos. Cuando lo hizo, en cierta forma vio lo que esperaba, aunque hubo un instante durante el cual se dijo que no podía ser cierto. Pero era indiscutible: “eso” que estaba reflejado en el vidrio de la ventana, lo que estaba detrás de él, era un hombre sin cabeza. Y lo que tenía en la mano era un largo y filoso cuchillo...

En un país lejano

**Jack London, en: *El hombre de la cicatriz*,
Buenos Aires, Biblioteca Página/12, s/f.**

Cuando un hombre viaja a un país lejano debe prepararse para olvidar muchas de las cosas que ha aprendido, y adquirir las costumbres propias de la vida en el nuevo país. Debe abandonar los viejos ideales y dioses y, a menudo, revertir los propios códigos que delinearon hasta entonces su conducta. Para quienes tienen la facultad proteica de adaptación, la novedad de semejante cambio puede ser inclusive una fuente de placer. Pero, para aquellos que se anquilosaron en los carriles en los que fueron creados, la presión de un entorno así modificado resulta insoportable, y

se irritan en cuerpo y alma bajo las nuevas restricciones, que no comprenden. Esta irritación está llamada a actuar y reaccionar, produce males diversos y conduce a más de una desgracia. El hombre que no sepa adaptarse a la nueva rutina haría mejor en volver a su país. Si dilata demasiado el regreso, es seguro que morirá.

El hombre que vuelve la espalda a las comodidades de una vieja civilización para enfrentarse a la salvaje juventud, a la simplicidad primordial del Norte, puede evaluar su triunfo en proporción inversa a la cantidad y calidad de sus hábitos más desesperadamente enraizados. Si es el candidato justo, pronto descubrirá que los hábitos materiales son los menos importantes. El cambio de cosas tales como un delicado menú por una comida cruda; los duros zapatos de cuero por el blando y deforme mocasín; la cama de colchón de plumas por una manta en la nieve... eso, después de todo, es fácil. Pero sus apuros vendrán al aprender a modelar su actitud mental ante todas las cosas, y especialmente ante su prójimo. Debe sustituir las meras cortesías de la vida corriente por el desinterés, la indulgencia y la tolerancia. Así, y solo así, puede ganar la perla más cotizada: la verdadera camaradería. No debe decir "gracias", sino demostrarlo sin abrir la boca, y correspondiendo del mismo modo. En suma, debe sustituir la palabra por el hecho, la letra por el espíritu.

Cuando el mundo se sacudió con la historia del oro ártico y el señuelo del Norte se apoderó de todos los corazones, Carter Weatherbee abandonó su confortable trabajo de oficinista, entregó a su mujer la mitad de los ahorros y con el remanente compró un equipo. Nada había de romántico en su naturaleza, las cadenas del comercio lo habían destruido todo; simplemente, estaba cansado de la incesante rutina y deseaba correr grandes riesgos con vista a las debidas recompensas. Al igual que otros muchos insensatos que desdeñan los viejos caminos utilizados durante muchos años por los pioneros del Norte, se apuró para llegar a Edmonton en primavera. Y allí, desafortunadamente para su alma, se unió a una cuadrilla.

Nada de inusual había en ella, salvo sus planes. Su meta, como la de todas las demás, era el Klondike. Pero la ruta que habían escogido para alcanzarla dejaría sin aliento al nativo más fuerte, nacido y criado en las vicisitudes del Noroeste. El mismo Jacques Baptiste, hijo de una mujer chippewa y de un renegado *voyageur* —y que berreará su primer llanto en una tienda de piel de ciervo, al norte del paralelo sesenta y cinco, para ser acallado con dichosos chupetes de sebo crudo—, se quedó sorprendido. Aunque aceptó alquilarles sus servicios y guiarlos hasta los hielos permanentes, sacudía la cabeza en forma ominosa toda vez que se pedía su consejo.

La estrella diabólica de Percy debía estar en el cenit, pues también él se unió a esta compañía de argonautas. Era un hombre ordinario, con una cuenta bancaria tan profunda como su cultura, que ya es decir. No tenía motivo ninguno para embarcarse en una aventura semejante, ninguno en el mundo, excepto que sufría un desarrollo anormal de los sentimientos, sensiblería que confundió con un auténtico espíritu de romanticismo y aventura. Muchos hombres han hecho lo mismo, y han cometido el mismo trágico error.

Los primeros deshielos primaverales vieron al grupo seguir el curso helado del río Elk. Era una flota imponente, pues el equipo era grande e iban acompañados por un desordenado contingente de *voyageurs* mestizos con sus mujeres y niños.

Día tras día trabajaban con sus *bateaux* y canoas, luchando contra mosquitos y otras plagas emparentadas, o sudando y maldiciendo durante los acarreos. Un trabajo duro como este desnuda las raíces mismas del alma de un hombre, y antes de que el lago Athabasca se perdiera en el Sur, cada miembro de la expedición había revelado su verdadera índole.

Los dos gandules, y gruñones crónicos, eran Carter Weatherbee y Percy Cuthfert. La expedición completa se quejaba menos que cada uno de ellos de sus dolores y sufrimientos. Ni una sola vez se ofrecieron como voluntarios para alguna de las mil y una pequeñas labores del campamento. Acarrear un cubo de agua, cortar una brazada extra de madera, lavar y secar los platos, buscar entre el equipo algún artículo imprescindible para la ocasión... y estos dos decadentes retoños de la civilización se las ingeniaban siempre para descubrir torceduras y ampollas que exigían atención inmediata. Eran los primeros en acostarse por la noche, con una serie de tareas aún incumplidas; los últimos en saltar por la mañana, cuando la partida tenía que estar preparada antes de que empezara el desayuno. Eran los primeros en caer a la hora de comer, los últimos en dar una mano en la cocina; los primeros en lanzarse sobre una pequeña golosina, los últimos en descubrir que habían añadido a la suya la ración de algún otro. Si remaban, cortaban hábilmente el agua a cada golpe arreglándoselas para que la flotación de la barca eludiera el remo. Creían que nadie se daba cuenta, pero sus compañeros los maldecían por lo bajo y llegaron a odiarlos cada vez más; a su vez, Jacques Baptiste los despreciaba abiertamente y los aborrecía desde la mañana hasta la noche. Pero Jacques Baptiste no era un caballero.

En Great Slave compraron perros de la Hudson Bay y la flota se hundió hasta la línea de seguridad con su carga adicional de pescado seco y *pemmican*. Canoas y *bateaux* obedecieron a la rápida corriente del Mackenzie y penetraron en las Grandes Tierras Yermas. No quedó afluyente de buen aspecto sin explorar, pero la huidiza tierra aurífera saltaba cada vez más hacia el Norte. En el Gran Oso, obsesivos por el terror normal de las Tierras desconocidas, sus *voyageurs* empezaron a desertar, y el Fuerte de Buena Esperanza vio a los últimos y más valientes doblarse bajo las sirgas, resistiéndose tenazmente a la corriente traidora por la que se deslizaban.

Consultaban a cada paso los mapas mentirosos, trazados en su mayor parte sobre la base de habladurías. Y sintieron la necesidad de apurarse, pues el sol había pasado ya del solsticio del Norte y empujaba el invierno otra vez hacia el Sur. Bordeando las costas de la bahía, donde el Mackenzie desemboca en el océano Artico, entraron en la boca del río Little Peel. Entonces comenzó la ardua navegación corriente arriba, y los dos inútiles se las vieron peores que nunca. Sirgas y pértigas, remos y correas, rápidos y porteos: semejantes torturas sirvieron para producirle a uno de ellos un hondo rechazo a los grandes riesgos, y para imprimir en el otro una dura lección sobre el verdadero romanticismo de la aventura. Un día se amo-

tinaron y, habiendo sido insultados en forma humillante por Jacques Baptiste, se revolieron contra él como gusanos. Pero el mestizo los azotó y los envió, contusos y sangrantes, a hacer su trabajo. Era la primera vez que se los trataba con dureza.

Abandonando su barca en las fuentes del Little Peel, se les fue el resto del verano en el largo acarreo que los llevó por la cuenca del Mackenzie hasta West Rat. Esta pequeña corriente alimentaba el Porcupine que, a su vez, se unía al Yukón en donde esa poderosa autovía del Norte desemboca en el Círculo Ártico. Pero habían perdido la carrera contra el invierno, y un buen día amarraron sus balsas al espeso hielo arremolinado y desembarcaron a toda prisa sus bienes. Esa noche el río se atascó y se desatascó por el hielo varias veces, y, a la mañana siguiente, ya se había dormido por largo rato.

—No podemos estar a más de seiscientos kilómetros del Yukón —concluyó el viejo Sloper, mientras recorría febrilmente la escala del mapa con las uñas de los pulgares.

El consejo, en el que los dos inútiles se habían quejado sin éxito de sus desventajas, se acercaba a su final.

—Eso fue la Factoría de la Hudson Bay, hace mucho tiempo. Ya no la utilizan.

El padre de Jacques Baptiste había hecho el viaje para la Compañía de Pieles en los viejos tiempos, y había recorrido buena parte del camino con dos dedos de un pie congelados. —¡Santo Dios! —gritó uno de la partida—. ¿No hay blancos? —Ningún blanco —dijo Sloper con tono sentencioso—. Pero solo hay setecientos kilómetros más por el Yukón hasta Dawson. Digamos que unos mil quinientos desde aquí. Weatherbee y Cuthfert gruñeron a coro: —¿Cuánto crees que tardaremos, Baptiste?

El mestizo calculó por un momento:

—Trabajando como el infierno, sin que nadie escurra el bulto, diez, veinte, cuarenta, cincuenta días. Si vienen esos bebés —señaló a los inútiles—, no se sabe. Tal vez cuando se congele el infierno, o tal vez ni siquiera entonces.

Se detuvo la confección de raquetas de nieve y de mocasines. Alguien llamó a un miembro ausente, que salió de una vieja cabaña, al borde de la hoguera, y se reunió con ellos. La cabaña era uno de los muchos enigmas que acechaban en los vastos y más apartados parajes del Norte. Nadie podía decir cuándo ni quién la había construido. Dos tumbas cavadas al aire libre, cubiertas por un montículo de piedras, encerraban quizás el secreto de esos primeros exploradores. Pero ¿qué manos habían apilado las piedras?

El momento había llegado. Jacques Baptiste se detuvo en el arreglo de un arnés y sujetó al perro más indócil. El cocinero protestó en silencio por el retraso, tiró un puñado de tocino en una ruidosa olla de frijoles, y luego puso atención. Sloper se levantó. Su cuerpo hacía un absurdo contraste con el saludable físico de los inútiles. Amarillo y débil, huyendo de unas fiebres sudamericanas, no había interrumpido su rampante travesía por las distintas regiones y todavía era capaz de trabajar con los otros hombres. Tal vez llegara apenas a los cuarenta y cinco kilos, incluyendo su pesado cuchillo de monte, y su pelo canoso hablaba de una plenitud viril ya inexistente. Los músculos frescos y jóvenes de Weatherbee o Cuthfert podían desarrollar diez

veces la fuerza de los suyos. Sin embargo, él podía tumbarlos en el suelo con solo la caminata de un día. Y durante todo el día había estado animando a sus camaradas más fuertes a aventurarse en una travesía de mil quinientos kilómetros, colmada de las peores dificultades que se pudieran imaginar. Era la encarnación de las inquietudes de su raza y de la vieja obstinación teutónica, matizadas con la rápida comprensión y el afán de acción del yanqui: en él, la carne se sometía al espíritu.

—Todos los que estén a favor de seguir adelante con los perros tan pronto como endurezca el hielo, digan que sí.

—¡Sí! —exclamaron ocho voces, voces destinadas a ensartar una ristra de maldiciones a lo largo de cientos de kilómetros de penurias.

—En contra, digan no.

—¡No!

Por primera vez, los inútiles se identificaron sin ninguna clase de interés personal.

—¿Y qué piensan hacer al respecto? —agregó Weatherbee en tono belicoso.

—¡La mayoría decide! ¡La mayoría decide! —clamó el resto de la cuadrilla.

—Sé que la expedición puede ir al fracaso, si ustedes no vienen —replicó Sloper con suavidad—; pero supongo que, si ponemos todo el empeño, podemos arreglárnosla sin ustedes. ¿Qué dicen, muchachos?

Los demás se hicieron eco de este sentimiento.

—Pero... yo digo, ustedes saben —se atrevió a decir Cuthfert con aprensión—. ¿Qué va a hacer un tipo como yo...? —¿No vienes con nosotros? —No.

—Entonces haz lo que maldito te plazca. No tenemos más que decir.

—Calculo que podrás arreglártela con ese compañero tuyo —sugirió un hombre grueso del Oeste, de Dakota, señalando a Weatherbee—. Seguro que te preguntará qué piensas hacer a la hora de cocinar y de recoger la madera.

—Entonces, todo está arreglado —concluyó Sloper—. Partiremos mañana y acamparemos a unos siete kilómetros, solo para poner cada cosa en orden y ver si se nos olvidó algo.

Los trineos crujió en sus patines de acero, y los perros tensaron los arneses en los que habían de morir, según su destino. Jacques Baptiste se detuvo junto a Sloper para echar un último vistazo a la cabaña. El humo se rizaba hacia arriba en volutas patéticas por el tubo de la estufa del Yukón. Los dos inútiles los miraban desde la puerta.

Sloper apoyó una mano en el hombro del otro.

—Jacques Baptiste, ¿has oído hablar alguna vez de los gatos de Kilkenny?

El mestizo negó con la cabeza.

—Bueno, mi amigo y buen camarada, los gatos de Kilkenny lucharon hasta que no quedó ni pellejo ni pelo ni maullido. ¿Entiendes? Hasta que no quedó nada. Muy bien. Ahora, a estos dos no les gusta trabajar. Estarán solos en esa cabaña todo el invierno; un duro, largo y oscuro invierno. Gatos de Kilkenny, ¿entiendes?

El francés que Baptiste llevaba dentro se encogió de hombros, pero el indio que también latía en él guardó silencio. Sin embargo era un gesto elocuente, preñado de presagios.

* * *

Al principio las cosas prosperaron en la pequeña cabaña. Las toscas bromas de sus compañeros habían hecho que Weatherbee y Cuthfert tomasen conciencia de su mutua responsabilidad. Además, después de todo, para dos hombres saludables el trabajo no era excesivo. Y la ausencia del cruel látigo, o en otras palabras, de esa topadora que era el mestizo, había producido en ellos una reacción jocosa. Al principio cada uno se esforzaba por superar al otro en la ejecución de pequeñas tareas, con una unción que hubiera hecho abrir los ojos a sus compañeros, quienes empeñaban ahora cuerpos y almas en la Larga Ruta.

Toda preocupación fue desterrada. El bosque, que los cobijaba por tres lados, constituía una inagotable fuente de leña. A unos metros de su puerta dormía el río Porcupine, y un agujero en su manto invernal creaba una fuente de agua burbujeante, cristalina y dolorosamente fría. Pero pronto se las arreglaron para encontrar fallas incluso en eso. El agujero insistía en congelarse, lo que les hacía invertir muchas miserables horas en picar hielo. Los desconocidos constructores de la cabaña habían extendido los troncos laterales para soportar, en la parte posterior, un cobertizo donde se había almacenado el grueso de las provisiones de la cuadrilla. Había comida sin restricciones, para tres veces los hombres que iban a vivir de ella. Pero la mayor parte era de la clase que brindaba fuerza muscular y resistencia pero que no regalaba el paladar. Es verdad que había azúcar abundante para dos hombres normales, pero estos dos eran poco menos que niños. Pronto descubrieron las virtudes del agua caliente saturada de azúcar, y sumergían en ella con prodigalidad los bizcochuelos o mojaban las cortezas en el sabroso y blanco almíbar. Luego vinieron los calamitosos saqueos al café, al té y, en especial, a los frutos secos. Las primeras diferencias fueron por la cuestión del azúcar. Y es algo realmente grave que dos hombres, dependientes por entero uno del otro, empiecen a reñir.

Weatherbee amaba lanzar vocingleros discursos políticos mientras que Cuthfert, quien era aficionado a cortar sus cupones y dejar que la Mancomunidad se abriese paso a los codazos lo mejor posible, ignoraba el asunto o se enfrascaba en sorprendentes epigramas. El dependiente era demasiado obtuso para apreciar la inteligente formulación de los pensamientos, y a Cuthfert lo irritaba este despilfarro de munición. Estaba acostumbrado a ofuscar a la gente con su brillantez y le resultaba difícil aceptar esta pérdida de público. Se sentía personalmente ofendido, e inconscientemente hacía responsable de ello al cabeza-cuadrada de su compañero. Salvo su existencia, no tenían nada en común, no coincidían en un solo punto. Weatherbee era un empleado que no había conocido otra cosa en toda su vida; Cuthfert era un licenciado en artes, aficionado a la pintura y había escrito no poco. Uno era un hombre de clase baja que se consideraba caballero, y el otro un caballero que se sabía tal. Aquí se puede remarcar que es posible ser caballero sin tener el primitivo instinto de la verdadera camaradería. El dependiente era tan sensual como el otro era esteticista, y sus aventuras amorosas, contadas con lujo de detalles y en su mayoría acuñadas por su imaginación, afectaban al ultrasensible

licenciado de la misma manera que otras tantas bocanadas de gases de cloaca. Consideraba al dependiente un obsceno, un bruto ignorante, cuyo lugar estaba en el barro con los cerdos, y así se lo dijo. Él, a su vez, recibió la información de que era un blandengue afeminado y un sinvergüenza. Weatherbee no hubiera podido definir “sinvergüenza” en toda su vida, pero le bastaba para sus propósitos, lo cual, en última instancia, parece ser lo principal en la vida.

Weatherbee desafinaba una nota cada tres, y a veces, durante horas enteras cantaba canciones como “El ladrón de Boston” y “El bello joven de la cabaña”, mientras Cuthfert lloraba de rabia hasta que ya no podía aguantar más y huía al frío exterior. Pero no había escapatoria. El intenso frío no podía soportarse por mucho tiempo, y la pequeña cabaña los amontonaba —camas, estufa, mesa, y todo— en un espacio de 10 por 12. La presencia misma de cada uno se convirtió en una afrenta personal para el otro, y se sumergían en silencios taciturnos que aumentaban, al pasar los días, en duración e intensidad. De vez en cuando, una mirada furtiva o un labio que se levantaba era lo mejor de ellos, aunque se esforzaban por ignorarse por completo durante estos períodos de silencio. Y se alzó en sus pechos un enorme asombro: cómo había podido Dios crear jamás al otro.

Como había poco que hacer, el tiempo les resultaba una carga intolerable. Esto, naturalmente, los hizo aún más perezosos. Se hundieron en un letargo físico del que no había escape posible y que los hacía rebelarse ante la mínima tarea. Una mañana en que le tocaba preparar el desayuno común, Weatherbee salió de entre las mantas y, entre los ronquidos de su compañero, encendió primero el candil y luego la lumbre. Las ollas estaban muy heladas y no había agua con qué lavarlas. Pero esto no le importó. Mientras esperaba a que se deshelaran, cortó el tocino y se volcó a la odiosa tarea de hacer pan. Cuthfert lo había estado observando astutamente con los ojos entornados. Como consecuencia de ello tuvieron una disputa, en la que se bendijeron fervientemente el uno al otro y se pusieron de acuerdo en que desde ese momento cada uno cocinaría para sí. Una semana más tarde Cuthfert se olvidó de hacer su lavado matutino, pero comió complaciente la comida que había preparado. Weatherbee se sonrió. Después de eso, la tonta costumbre de lavarse se desvaneció de sus vidas.

A medida que menguaban el azúcar y otros lujos, empezaron a temer que no recibirían las raciones debidas, y, para que no los robasen, empezaron a atracarse. Los placeres sufrieron con esta competición glotona, y también los hombres. La falta de verduras frescas y ejercicio les empobreció la sangre, y una odiosa erupción morada les cubrió el cuerpo. Sin embargo, no hicieron caso de la advertencia. Luego de eso, se les empezaron a hinchar los músculos y articulaciones, la carne se les ennegreció mientras que sus bocas, encías y labios tomaron un color crema. En vez de unirse en su miseria, cada uno se recreaba con los síntomas del otro a medida que avanzaba el escorbuto.

Se despreocuparon por completo de su aspecto personal y, en pocas palabras, hasta de la decencia. La cabaña se convirtió en una pocilga y nunca más volvieron

a hacerse las camas ni a colocar debajo de ellas ramas frescas de pino. Sin embargo, no podían permanecer entre las mantas como les hubiera gustado, pues la helada era inexorable y la lumbre consumía demasiada leña. El pelo de sus cabezas y caras era largo y desaliñado, mientras que sus ropas habrían repugnado a un trapero. Pero eso no les preocupaba. Estaban enfermos y nadie los veía; además, moverse era muy doloroso.

A todo esto se sumó un nuevo problema: el Miedo del Norte. Este miedo era hijo del Gran Frío y del Gran Silencio y nació en la oscuridad de diciembre, cuando el sol se hundió para siempre bajo el horizonte. A cada uno le afectó según su naturaleza. Weatherbee cayó víctima de groseras supersticiones e hizo cuanto pudo por resucitar a los espíritus que dormían en las tumbas olvidadas. Era algo fascinante. En sus sueños se le acercaban desde el frío y se le metían entre las mantas y le contaban los trabajos y sufrimientos que les había causado la muerte. Se encogía para escapar a su contacto viscoso mientras enredaban en él sus miembros helados, y cuando le susurraban al oído las cosas que todavía habían de venir, la cabaña se estremecía con sus gritos de horror. Cuthfert no entendía, pues hacía tiempo que no se hablaban y, cuando se despertaba, aferraba invariablemente el revólver. Luego se sentaba en la cama, nervioso, tiritando y apuntando el arma hacia el soñador inconsciente. Juzgó que el hombre se estaba volviendo loco, y lo invadió el temor por su vida.

Su propia enfermedad adoptó una forma menos concreta. El misterioso artesano que había construido la cabaña tronco a tronco había clavado una veleta a la viga maestra. Cuthfert advirtió que apuntaba siempre al Sur, y un día, irritado por su inmovilidad, la giró hacia el Este. Observó atento, sin que la moviera un solo soplido. Luego giró la veleta hacia el Norte, jurando no volver a tocarla hasta que soplar el viento. Pero la calma sobrenatural del aire lo atemorizó, y se levantaba con frecuencia en mitad de la noche para ver si la veleta había girado: se habría contentado con diez grados. Pero no, se cernía sobre él, tan invariable como el destino. Se le desató la imaginación, hasta que la veleta se convirtió en un fetiche. A veces seguía la dirección que marcaba por los sombríos dominios y dejaba que su espíritu se saturase por el Miedo. Meditaba acerca de lo invisible y lo desconocido, hasta que el peso de la eternidad parecía aplastarlo. Todas las cosas en el Norte parecían poseer ese efecto aplastante: la ausencia de vida y movimiento, la oscuridad, la paz infinita de la tierra triste, el espantoso silencio, que convertía en sacrilegio el eco de cada latido del corazón, el bosque solemne que aparentaba esconder algo horrible e inexpresable que ni la palabra ni el pensamiento podían comprender.

El mundo que había dejado no hacía mucho tiempo, con sus naciones laboriosas y sus grandes empresas, parecía muy lejano. Los recuerdos se entremezclaban de vez en cuando, recuerdos de centros comerciales, y galerías y calles llenas de gente, de trajes de noche y actos sociales, de hombres buenos y mujeres queridas que había conocido. Pero eran recuerdos confusos de una vida que había vivido hacía muchos siglos, en algún otro planeta. Este fantasma era la realidad. De pie bajo la

veleta, con los ojos fijos en los cielos polares, él no podía convencerse de que el Sur existiera realmente y que en ese mismo instante bullera de vida y de acción. No existía el Sur, ni hombres nacidos de mujeres, ni gente que se daba y recibía en matrimonio. Más allá de ese horizonte inhóspito se extendían vastas soledades, y más allá de ellas, soledades todavía más vastas. No había tierras bañadas por el sol, pesadas por el perfume de las flores. Esas cosas no eran más que viejos sueños del paraíso. Las tierras soleadas del Oeste, las de las especias del Este, las sonrientes Arcadias, las felices islas de los bienaventurados.

—¡Ja, ja! —su risa desgarró el vacío y lo sorprendió con su sonido inusitado. No había sol. Este era el universo, muerto, frío y oscuro, y él, su único habitante. ¿Weatherbee? En tales momentos Weatherbee no contaba. Era un Calibán, un monstruoso fantasma encadenado a él para toda una eternidad, castigo de algún crimen olvidado.

Vivía con la muerte entre los muertos, mutilado por el sentimiento de su propia insignificancia, aplastado por el dominio pasivo de las edades dormidas. La magnitud de todo lo espantaba. Todo era superlativo, menos él: la perfecta ausencia de viento y de movimiento, la inmensidad de la desolación cubierta de nieve, la altitud del cielo y la profundidad del silencio. Esa veleta: ¡si solo se moviera! Si cayera un rayo, o si el bosque ardiera en llamas. Si los cielos se enrollaran como un pergamino, el estallido del Juicio Final... ¡cualquier cosa, cualquier cosa! Pero no, nada se movía. El Silencio lo acorralaba y el Miedo del Norte posó sus dedos helados sobre su corazón.

Una vez, como otro Crusoe, encontró unas huellas a la orilla del río: una débil huella de la liebre de las nieves sobre la delicada corteza nevada. Fue una revelación. Existía vida en el Norte. La seguiría, la contemplaría, se recrearía en ella. Se olvidó de sus músculos hinchados al lanzarse por la honda nieve en un éxtasis de anticipación. El bosque se lo tragó y el breve crepúsculo del mediodía desapareció, pero él persistió en su búsqueda hasta que su naturaleza exhausta se agotó y lo tumbó indefenso en la nieve. Allí se quejó, y maldijo su locura. Entonces supo que la huella había sido una fantasía de su cerebro. Y esa noche, ya tarde, se arrastró gateando hasta la cabaña, sobre las manos y las rodillas, con las mejillas heladas y un extraño entumecimiento en los pies. Weatherbee le sonrió malévolamente, pero no se ofreció a ayudarlo. Se introdujo agujas en los dedos de los pies y se los descongeló junto a la estufa. Una semana más tarde vino la gangrena.

Pero el dependiente tenía sus propios problemas. Los muertos salían ahora de sus tumbas con mayor frecuencia y rara vez lo abandonaban, estuviera despierto o dormido. Se descubrió esperando y temiendo que vinieran y no podía pasar cerca de los dos túmulos de piedras sin sentir un escalofrío. Una noche se le acercaron en sueños y le asignaron una tarea. Sobrecogido por un horror mudo, se despertó entre los montículos de piedra y huyó alocadamente hacia la cabaña. Pero había estado allí bastante tiempo, ya que también se le habían congelado los pies y las mejillas.



A veces se ponía frenético ante su insistente presencia, y bailaba alrededor de la cabaña cortando el aire con un hacha.

Y rompiendo todo lo que estaba a su alcance. Durante estos encuentros fantasmagóricos, Cuthfert se acurrucaba entre las mantas y seguía al hombre enloquecido con el revólver amartillado, dispuesto a dispararle si se acercaba demasiado. Al recobrase una vez de estos ataques, el dependiente descubrió el arma que lo encañonaba. Sus sospechas despertaron, y desde entonces también él empezó a temer por su vida. Después de eso se observaban de cerca, se miraban de frente y se sobrecogían cada vez que uno se ponía a las espaldas del otro. Esta aprensión se convirtió en una manía que los dominaba hasta en sueños. Por miedo recíproco, dejaron tácitamente que el candil ardiera toda la noche y comprobaban si había una abundante reserva de grasa de tocino antes de retirarse. El menor movimiento de uno bastaba para despertar al otro, y, durante muchas vigiliass, sus miradas se cruzaron mientras temblaban bajo las mantas con el dedo en el gatillo.

Con el Miedo del Norte, la tensión mental y los estragos de la enfermedad, perdieron toda semejanza humana adoptando la apariencia de bestias salvajes, cazadas y desesperadas. Como consecuencia del congelamiento se les habían ennegrecido las mejillas y las narices. Se les empezaron a caer los dedos congelados, a la altura de las primeras y segundas articulaciones. Cada movimiento les producía dolor, pero la estufa era insaciable y arrancaba a sus cuerpos miserables toda una serie de torturas. Día tras día ella exigía su alimento, una verdadera libra de carne, y ellos se arrastraban de rodillas hasta el bosque para cortar leña. Una vez, gateando de esta manera en busca de ramas secas, sin saberlo ninguno de ellos, rodearon el mismo arbusto por lados opuestos. De repente, sin previo aviso, se enfrentaron dos cabezas cadavéricas. A tal punto los sufrimientos los habían transformado, que les fue imposible reconocerse. Se levantaron de un salto, gritando aterrorizados, corriendo con sus mutilados muñones y, cayendo a la puerta de la cabaña, se arañaron y clavaron las uñas como demonios, hasta que descubrieron su equivocación.

De vez en cuando tenían momentos de lucidez y, durante uno de estos intervalos, dividieron equitativamente la manzana de la discordia: el azúcar. Vigilaban sus respectivos sacos, guardados en el depósito, con verdadero celo, pues solo quedaban unas cuantas tazas y no se fiaban en absoluto el uno del otro. Pero un día, Cuthfert se equivocó. Casi sin poder moverse, enfermo de dolor, la cabeza dándole vueltas y los ojos enceguecidos, se deslizó hacia el depósito con el bote del azúcar en la mano, y confundió el saco de Weatherbee con el suyo.

Enero había empezado hacía solo unos días, cuando esto ocurrió. Desde algún tiempo antes el sol había remontado su punto más bajo por el Sur y ahora, desde el meridiano, lanzaba ostentosos rayos de luz amarilla contra el cielo del Norte. Al día siguiente de su equivocación con el saco del azúcar, Cuthfert se sintió mejor tanto física como espiritualmente. Al aproximarse la tarde e iluminarse el día, se arrastró afuera para regalarse el brillo evanescente, que para él era un anticipo de las futuras intenciones del sol. Weatherbee también se sentía un poco mejor y se

arrastró a su lado. Se sentaron en la nieve, bajo la inmóvil veleta, y esperaron.

La quietud de la muerte rondaba a su alrededor. En otros climas, cuando la naturaleza cae en tales estados de ánimo, hay un suave aire de expectación, una esperanza de que alguna pequeña voz rompa la tensión. No ocurre así en el Norte. Los dos hombres habían vivido aparentes eternidades en esta paz fantasmal. No recordaban ninguna canción del pasado, ni podían conjurar ninguna canción del futuro. Siempre había existido esta calma extraterrena, el tranquilo silencio de la eternidad.

Sus ojos estaban fijos en el Norte. Invisible, a sus espaldas, tras las imponentes montañas del Sur, el sol marchaba hacia el cenit de otro cielo distinto al suyo. Espectadores únicos del poderoso lienzo, contemplaban el falso crepúsculo crecer lentamente. Una débil llama empezó a arder sin calor. Aumentó en intensidad, cambiando enérgicamente del amarillo rojizo al morado y al azafranado. Se volvió tan brillante, que Cuthfert creyó que el sol debía estar tras ella. ¡Un milagro, el sol amanecía en el Norte! De repente, sin avisar y sin fluctuar gradualmente, el telón fue borrado. No hubo ningún color en el cielo. El día se había quedado sin luz. Retuvieron la respiración en un medio sollozo. ¡Y he aquí el resultado! El aire brillaba con partículas de hielo centelleante, y allí, al Norte, la veleta trazaba un vago perfil en la nieve. ¡Una sombra, una sombra! Era exactamente mediodía. Giraron apresuradamente las cabezas hacia el Sur. Un anillo dorado asomó sobre los hombros nevados de la montaña, les sonrió por un instante y desapareció nuevamente de su vista.

Había lágrimas en sus ojos cuando se miraron. Los invadió una extraña suavidad. Se sintieron irresistiblemente unidos el uno al otro. El sol estaba volviendo otra vez. Estaría con ellos mañana, y el día siguiente, y el otro. Y permanecería más tiempo en cada visita, y llegaría el día en que surcaría los cielos día y noche, sin hundirse ni una vez bajo el horizonte. No habría noche. El invierno helado quedaría roto, soplarían los vientos y responderían los bosques; la tierra sería bañada por los benditos rayos solares y la vida renacería. Mano con mano, abandonarían este horrible sueño, volverían a las tierras del Sur. Avanzaron ciegos y tambaleantes, sus manos se encontraron, sus pobres manos mutiladas, hinchadas y deformadas bajo los mitones.

Pero la promesa no llegaría a cumplirse. El Norte es el Norte; los hombres se desgastan allí el alma con leyes extrañas, que no podrían llegar a comprender otros hombres que no hayan viajado a tierras lejanas.

Una hora más tarde, Cuthfert introdujo una cazuela con pan en el horno y comenzó a especular sobre lo que podían hacer los cirujanos con sus pies, a su regreso. El hogar no parecía tan remoto ahora. Weatherbee estaba revolviendo en el depósito de alimentos. De repente lanzó un torbellino de blasfemias, que, poco más tarde, cesaron en forma llamativamente abrupta. El otro le había robado su saco de azúcar. Las cosas podían haber ocurrido de distinta manera si los dos muertos no hubieran salido de abajo de las piedras y si hubieran acallado las palabras calientes

en su garganta. Lo guiaron con suavidad afuera del depósito, que olvidó cerrar. Los hechos se habían consumado; estaba a punto de ocurrir lo que le habían susurrado en sueños. Lo condujeron suavemente, muy suavemente, hacia el montón de leña y colocaron el hacha en sus manos. Luego lo ayudaron a abrir la puerta de la cabaña, y él estaba seguro de que la habían cerrado tras él: al menos oyó el portazo y el cerrojo al ajustarse en su sitio. Sabía que estaban esperando afuera, esperando a que realizase su tarea.

—¡Carter! ¡Oye, Carter! —Percy Cuthfert se asustó al ver la cara del dependiente y se apresuró a interponer la mesa entre ellos.

Carter Weatherbee lo siguió sin prisa y sin entusiasmo. Su rostro no mostraba la menor piedad ni cólera; solo la mirada paciente e imperturbable del que tiene una tarea que realizar y lo hace metódicamente.

—¡Oye! ¿Qué ocurre?

El dependiente se echó hacia atrás, cortándole el paso a la puerta, pero sin abrir la boca.

—¡Escucha, Carter! ¡Escucha! ¡Hablemos! ¡Eres un buen tipo!

El licenciado en artes pensaba rápidamente, trazando un hábil movimiento lateral hacia la cama, donde guardaba su Smith & Wesson. Sin apartar los ojos del loco, rodó sobre el camastro al tiempo que empuñaba la pistola.

—¡Carter!

La pólvora le dio de lleno a Weatherbee en la cara, pero este blandió su arma y dio un salto adelante. El hacha se hundió en la base de la espina dorsal de Percy Cuthfert, quien sintió cómo lo abandonaba toda la sensibilidad en sus extremidades inferiores. El dependiente cayó pesadamente sobre él, agarrándolo de la garganta con dedos débiles. El agudo mordisco del hacha había obligado a Cuthfert a soltar la pistola y, mientras sus pulmones pugnaban por atrapar el aire, la buscó revolviendo entre las mantas. Luego recordó. Deslizó una mano por el cinturón del empleado hasta dar con el cuchillo de monte. Se acercaron mucho en ese último abrazo.

Percy Cuthfert sintió que las fuerzas lo abandonaban. La parte inferior de su cuerpo era inservible. El peso inerte de Weatherbee lo aplastaba, lo aplastaba y lo retenía como un oso en una trampa. La cabaña se llenó de un aroma familiar y supo que se estaba quemando el pan. Pero ¿qué importaba? Ya no lo necesitaría. Y todavía quedaban seis tazas de azúcar en el depósito: de haberlo sabido no habría sido tan ahorrativo en los últimos días. ¿Se movería alguna vez la veleta? Quizás girase en esos momentos. ¿Por qué no? ¿Acaso hoy no había visto el sol? Iría a ver. No, era imposible moverse. No creía que el dependiente fuera tan pesado.

¡Con qué rapidez se enfriaba la cabaña! El fuego debía haberse apagado. El frío se abría camino. Ya debían estar bajo cero. El hielo estaría deslizándose por la rendija de la puerta. No podía verlo, pero su pasada experiencia le permitía calcular su avance por la temperatura de la cabaña. La bisagra inferior estaría ya blanca. ¿Llegaría esta historia alguna vez al mundo? ¿Cómo lo tomarían sus amigos? Lo

más probable es que la leyeran al beber el café y lo comentasen en los clubes. Los veía con toda claridad. ¡Pobre Cuthfert!, murmurarían. ¡Después de todo no era mal chico! Sonrió ante los elogios y luego siguió en busca de un baño turco. Siempre había la misma multitud en las calles. ¡Qué extraño! No notaba sus mocasines de piel de alce ni sus deshilachados calcetines alemanes. Tomaría un taxi. Después de todo, no le vendría mal un baño y una afeitada. No. Primero comería. Un bistec con papas y verdura: ¡qué fresco era todo! ¿Y qué era eso? Miel, iámbar líquido y chorreante! ¿Por qué le traían tanta? ¡Ja, ja! Nunca se la podría comer toda. ¿Lustre? Por supuesto. Coloco el pie encima del cajón. El limpiabotas lo miró con curiosidad, él recordó sus mocasines de piel de alce y se marchó a toda prisa.

¡Escucha! La veleta giraba, seguro que giraba. No, era un mero zumbido de sus oídos. Eso era todo, un simple zumbido. Para entonces, el hielo debía haber rebasado la cerradura. Lo más seguro es que hubiera cubierto ya la bisagra superior. Entre los resquicios musgosos de los troncos del techo empezaron a aparecer pequeñas puntas de hielo. ¡Con qué lentitud crecían! No, no tan lentamente. Ahí estaba otra nueva, y allí otra. Dos, tres, cuatro, aparecían demasiado de prisa para poder contarlas. Ahí se habían juntado dos. Y allí se había unido una tercera. Ya no quedaban resquicios. Se habían unido todas para formar una sábana.

Bueno, estaría acompañado. Si San Gabriel rompía alguna vez el silencio del Norte, ellos estarían juntos, tomados de la mano, ante el gran trono blanco. Y Dios los juzgaría. ¡Dios los juzgaría!

Luego, Percy Cuthfert cerró los ojos y se durmió.



Un paciente en disminución

Macedonio Fernández, en: *Obras completas*, Buenos Aires, Corregidor, 1989.

El señor Ga había sido tan asiduo, dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica que ahora ya era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon, ahora llegaba el valet del

señor Ga a llamar al doctor Terapéutica para que atendiera el pie del señor Ga, que lo mandaba llamar.

El doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y “meneando con grave modo” la cabeza resolvió: “Hay demasiado pie, con razón se siente mal: le trazaré el corte necesario a un cirujano”.

Espantapájaros 18

Oliverio Girondo, en: *Obras de Oliverio Girondo*, Buenos Aires, Losada, 1994.



Llorar a lágrima viva. Llorar a chorros. Llorar la digestión. Llorar el sueño. Llorar ante las puertas y los puertos. Llorar de amabilidad y de amarillo. Abrir las canillas, las compuertas del llanto. Empaparnos el alma, la camiseta. Inundar las veredas y los paseos, y salvarnos, a nado, de nuestro llanto.

Asistir a los cursos de antropología, llorando. Festejar los cumpleaños familiares, llorando. Atravesar el África, llorando.

Llorar como un cacuy, como un cocodrilo... si es verdad que los cacuiques y los cocodrilos no dejan nunca de llorar.

Llorarlo todo, pero llorarlo bien. Llorarlo con la nariz, con las rodillas. Llorarlo por el ombligo, por la boca.

Llorar de amor, de hastío, de alegría. Llorar de frac, de flato, de flacura. Llorar improvisando, de memoria. ¡Llorar todo el insomnio y todo el día!

El zapallo que se hizo cosmos (cuento del crecimiento)

Macedonio Fernández, en: *Obras completas*, Buenos Aires, Corregidor, 1989.

Érase un zapallo creciendo solitario en ricas tierras del Chaco. Favorecido por una zona excepcional que le daba de todo, criado con libertad y sin remedios fue desarrollándose con el agua natural y la luz solar en condiciones óptimas, como una verdadera esperanza de la Vida. Su historia íntima nos cuenta que iba alimentándose a expensas de las plantas más débiles de su contorno, darwinianamente; siento tener que decirlo, haciéndolo antipático.

Pero la historia externa es la que nos interesa, ésa que sólo podrían relatar los azorados habitantes del Chaco que iban a verse envueltos en la pulpa zapallar, absorbidos por sus poderosos raíces.

La primera noticia que se tuvo de su existencia fue la de los sonoros crujidos del simple natural crecimiento. Los primeros colonos que lo vieron habrían de espantarse, pues ya entonces pesaría varias toneladas y aumentaba de volumen instante a instante. Ya medía una legua de diámetro cuando llegaron los primeros hacheros

mandados por las autoridades para seccionarle el tronco, ya de doscientos metros de circunferencia; los obreros desistían más que por la fatiga de la labor por los ruidos espeluznantes de ciertos movimientos de equilibración, impuestos por la inestabilidad de su volumen que crecía por saltos.

Cundía el pavor. Es imposible ahora aproximársele, porque se hace el vacío en su entorno, mientras las raíces imposibles de cortar siguen creciendo. En la desesperación de vérselo venir encima, se piensa en sujetarlo con cables. En vano. Comienza a divisarse desde Montevideo, desde donde se divisa pronto lo irregular nuestro, como nosotros desde aquí observamos lo inestable de Europa. Ya se apresta a saberse el Río de la Plata.

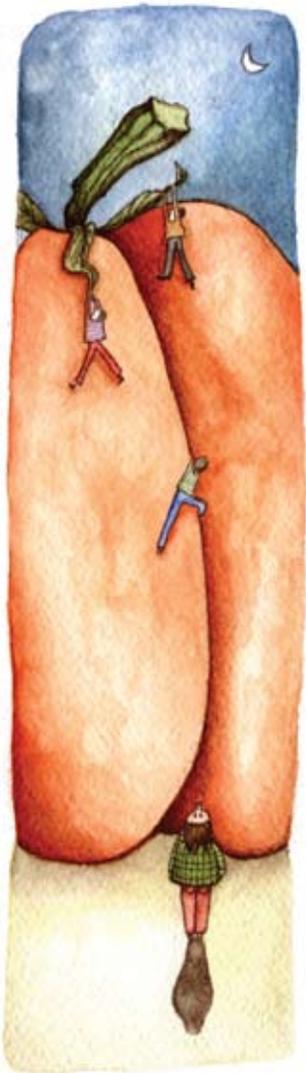
Como no hay tiempo de reunir una conferencia panamericana -Ginebra y las cancillerías europeas están advertidas-, cada uno discurre y propone lo eficaz. ¿Lucha, conciliación, suscitación de un sentimiento piadoso en el Zapallo, súplica, armisticio? Se piensa en hacer crecer otro zapallo en el Japón, mimándolo para apresurar al máximo su prosperación, hasta que se encuentren y se entredestryan, sin que, empero, ninguno sobrepalle al otro. ¿Y el ejército?

Opiniones de los científicos; qué pensaron los niños, encantados seguramente; emociones de las señoras; indignación de un procurador, entusiasmo de un agrimensor y de un toma-medidas de sastrería; indumentaria para el Zapallo; una cocinera que se le planta delante y lo examina, retirándose una legua por día; un serrucho que siente su nada. ¿Y Einstein?; frente a la facultad de medicina alguien que insinúa: ¿purgarlo? Todas estas primeras chanzas habían cesado. Llegaba demasiado urgente el momento en que lo que más convenía era mudarse adentro. Bastante ridículo y humillante es el meterse en él con precipitación, aunque se olvide el reloj o el sombrero en alguna parte y apagando previamente el cigarrillo, porque ya no va quedando mundo fuera del Zapallo.

A medida que crece es más rápido su ritmo de dilación; no bien es una cosa ya es otra; no ha alcanzado la figura de un buque que ya parece una isla. Sus poros ya tienen cinco metros de diámetro, ya veinte, ya cincuenta. Parece presentir que todavía el cosmos podría producir un cataclismo para perderlo, un maremoto o una hendidura de América. ¿No preferirá, por amor propio, estallar, astillarse, antes de ser metido dentro de un Zapallo? Para verlo crecer volamos en avión; es una cordillera flotando sobre el mar. Los hombres son absorbidos como moscas; los coreanos, en la antípoda, se santiguan y saben su suerte es cuestión de horas.

El Cosmos desata, en el paroxismo, el combate final. Despeña formidables tempestades, radiaciones insospechadas, temblores de tierra, quizá reservados desde su origen por si tuviera que luchar con otro mundo.

“¡Cuidaos de toda célula que ande cerca de vosotros! ¡Basta que una de ellas encuentre su todo-comodidad de vivir!! ¿Por qué no se nos advirtió? El alma de cada célula dice despacito: “yo quiero apoderarme de todo el ‘stock’, de toda la ‘existencia en plaza’ de Materia, llenar el espacio, y, tal vez, los espacios siderales; yo puedo ser el Individuo-Universo, la Persona Inmortal del Mundo, el latido único”.



Nosotros no la escuchamos ¡y nos hallamos en la inminencia de un Mundo de Zapallo, con los hombres, las ciudades y las almas dentro!

¿Que puede herirlo ya? Es cuestión de que el Zapallo se sirva sus últimos apetitos para su sosiego final. Apenas le faltan Australia y Polinesia.

Perros que no vivían más que quince años, zapallos que apenas resistían uno y hombres que raramente llegaban a los cien... ¡Así es la sorpresa! Decíamos: es un monstruo que no puede durar. Y aquí nos tenéis adentro. ¿Nacer y morir para nacer y morir...?, se habrá dicho el Zapallo: ¡oh, ya no! El escorpión, cuando se siente inhábil o en inferioridad se pica a sí mismo y se aniquila, parte al instante al depósito de la vida escorpiónica para su nueva esperanza de perduración; se envenena sólo para que le den vida nueva. ¿Por qué no configurar el Escorpión, el Pino, la Lombriz, el Hombre, la Cigüeña, el Ruiseñor, la Hiedra, inmortales? Y por sobre todos el Zapallo, Personación del Cosmos, con los jugadores de póker viendo tranquilamente y alternando los enamorados, todo en el espacio diáfano y unitario del Zapallo.

Practicamos sinceramente la Metafísica Cucurbitácea. Nos convencimos de que, dada la relatividad de las magnitudes todas, nadie de nosotros sabrá nunca si vive o no dentro de un zapallo y hasta dentro de un ataúd y si no seremos células del Plasma Inmortal. Tenía que suceder: Totalidad todo Interna, Limitada, Inmóvil (sin Traslación), sin Relación, por ello sin Muerte.

Parece que en estos últimos momentos, según coincidencia de signos, el Zapallo se alista para conquistar no ya la pobre Tierra, sino la Creación. Al parecer, prepara su desafío contra la Vía Láctea. Días más, y el Zapallo será el ser, la realidad y su Cáscara.

(El Zapallo me ha permitido que para vosotros —queridos cofrades de la Zapallería— yo escriba mal y pobre su leyenda y su historia. Vivimos en ese mundo que todos sabíamos, pero todo en cáscara ahora, con relaciones sólo internas y, así, sin muerte. Esto es mejor que antes.)

Fantasma de un castillO

César Bruto, en: *Lo que me gustaría ser a mí sino fuera lo que yo soy*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1996.

Cuando yo no sea más lo que soy, o sea un tipo vibalente, ano, vistoso y respetoso de todas las ley obligatorias del paíx, como ser la de irse a enrollar, ir a votar al cuartoscuro, or a casarse y de tener muchos hijo para que se vengan grandes y me dean de comer cuando yo ya no pueda más moverme..., bueno, cuando yo me haiga muerto, y ojalá que al desir esto la boca semeaga a un lado, quisiera irme de fantasma a vivir en un castillio de la edad de la media, si es posible de la gran brentania o de otro sitio confortable, adonde haiga una bodega de buen uisqui, o coníá y de ferné para cuando a uno le duela la pansa, que disen ques bueno tomarse

una copita o dos a tres o 4, según sea como le dea a uno el dolor, porque parece que el efecto alcohólico del alcohol es restringente de todos los dolores y sin precisar comer tanta porquería de vitaminas que a la larga quién sabe el mal que a uno le hacen al organismo, porque lo que es artificial es artificial por más que digan en contra.

Cuando yo fuera fantasma adentro de un castillo me pasearía en las noches de poco frío por arriba de los techos, dando gritos de espanto para que la gente se asuste y tenga respeto de los fantasmas, y no sea lo que le pasó a mi tío Aquiles aquella vez que se visitó de aparición en una casa vieja para no pagar alquiler y la cosa le fue bien un mes o 2, pero en una desgracia vino un tipo poco amante de la creencia de los duendes y le sacudió una manga de palos que el pobre de mi tío salió corriendo por la calle en sábana y se agarró un buen resaca que todavía le dura el catarro, por más fregas de ontura blanca que se hace dar por mi vieja al pecho y la espalda.

La vida de fantasma adentro de un castillo abandonado yo la veo de lo más feliz, prendiendo a las noches la chimenea con bastante lena y jugando a la baraja con otros fantasmas que podrían ser el de Clopatra, el del Quijote de la Mancha, el de Madán Dubarril y la Ponpadur, a las cuales el otro día las conocí mirando su fotografía en el diccionario ciclopédico de la lengua castellana y son un par de cusifaisas de buen cuerpo con las cuales uno podría tirarse un lance, porque yo pienso que entre fantasmas tiene que haber confianza y uno es como una tumba cuando le dicen un secreto. Me gustaría también que estaría el fantasma de mi perro Sultán, el que lo rebentó un camión asesino un día que salió de casa corriendo para cruzar la calle, y no digo que este el fantasma del tipo que manejaba el camión, porque no sé si se murió todavía o no, pero si el tipo se aparece por el castillo le hago dar tantos de esos mordiscos por el Sultán que la sábana le va a quedar a la miseria por no frenar a tiempo y atropellar a un inocentito perro que para nosotros era de la familia y de inteligente que siempre traía a la hora de comer alguna ristra de chorisos o alguna mortadela de la despensa de al lado, y tan sólo le faltaba el habla para ser como cualquiera de nosotros, pero con forma de perro.

El ser fantasma tiene la ventaja de andar en ómnibus o en tren sin pagar, y también la diversión de meterse en las reuniones de espiritistas o hacer líos, como pasó la vez que se hizo una sesión en la casa de la madre Policarpia, la que le desafiaba la bruja de la otra cuadra, adonde se jugaba por plata apostando al fantasma que venía primero, o sea que cada cual ponía un mango arriba de la mesa y el que acertaba con el espíritu se levantaba con el pozo, o sea que el asunto del juego duró poco tiempo, porque doña Policarpia había venido siempre al alma del tipo que le jugaba su hijo Sebastián, y una noche que el infanzón Sebastián acertó 14 veces seguidas al alma del kaiser se armó una bronca padre y rompieron todos los muebles, incluso la mesita de 3 patas que no le quedó ni para remedio, no por el echo de que el kaiser saliera favorito y apareciera con tanta frecuencia sino porque ofendía a la concurrencia resueltamente antejermanófila, o sea contraria de los alemanes por sus ideas de raza superior y aficionados a la guerra, en la cual



son grandes militares y jeniales estretéjicos en el arte de peliar, aunque siempre tengan mala suerte de perder todas las guerra, que no tienen ni el menor respeto por la ciencia de los grandes militar y los hasen morder el polbo de la derrota, ya sea en cancha local o visitante.

¡Viban los fantasmas cuando yo peresca!

Barbanegra y los buñuelos

Emilia Wolf, Buenos Aires, Colihue, 2006.

Lo que casi nadie sabe es que a bordo del barco del pirata Barbanegra viajaba su mamá.

Doña Trementina Barbanegra –así se llamaba la señora– trepó por la escalerilla del *Chápiro Verde* una mañana en que su hijo estaba a punto de hacerse a la mar. Subió para alcanzarle el tubo del dentífrico concentrado que el muy puerco se olvidaba.

El barco soltó amarras y nadie notó sino hasta tres días después que la señora estaba a bordo.

–¡Madre! –dijo Barbanegra al verla.

–¡Hijo! –dijo Trementina.

Y se quedó.

El amanecer, el mediodía y el crepúsculo la encontraban en cubierta sentada sobre un barrilito de ron antillano atenta a los borneos del viento, vigilando el laboreo de las velas y desparramando advertencias a voz en cuello. Nadie como ella para husmear la amenaza de los furiosos huracanes del Caribe, a los que bautizó con los nombres de sus primas: Sofía, Carla, Berta, Margarita...

Mientras tanto, tejía. De sus manos habilidosas salían guantes, zoquetes de lana, pulóveres y bufandas en cantidad. Los hombres de Barbanegra, abrigados como ositos de peluche, sudaban bajo el sol del trópico. EL jefe pirata impuso castigos severos a los desagradecidos que se quejaban.

La cosa es que Trementina estaba ahí; día tras día meciéndose a la sombra de la vela mayor con los pies colgando del barrilito y sermoneando al loro cuando no se expresaba en correcto inglés.

Pero además –y este es el asunto que importa– la señora Barbanegra hacía buñuelos.

Una vez por semana se zambullía en la cocina del *Chápiro Verde* y forjaba una media tonelada de buñuelos; que eran muchos, pero no tantos si se considera el peso de cada uno. La mayor parte se comía a bordo, el resto se cambiaba en las colonias inglesas por sacos de buena pólvora.

El último amotinamiento –lo mismo que los tres anteriores– se había producido a causa de los buñuelos.

Un artillero veterano dijo que prefería ser asado vivo por los caníbales de la

Florida antes que comer uno más de aquellos adoquines. Efectivamente, cuando lo desembarcaron en la Florida se sintió el más feliz de los hombres.

Más que comerlos, había que tallarlos con los dientes. Se sospechaba que estaban hechos con harina de caparazón de tortuga y al caer en el estómago producían el efecto de una bala de cañón de doce pulgadas.

A Barbanegra le encantaban.

En Puerto Royal compraron una partida de polvo de hornear para hacer más livianos los buñuelos, pero no sirvió de nada. La tripulación del *Chápiro Verde* había perdido todos los dientes. Ya nadie era capaz de sujetar el sable con la boca cuando saltaba al abordaje. Los hombres más rudos terminaron comiendo el pescado con pajita.

Barbanegra, en cambio, devoraba un buñuelo tras otro con formidable gula. Su madre, que vivía retándolo por esos atracones, terminó prohibiéndole que comiera más de cuarenta por día.

Hasta que sucedió lo que sigue.

Una madrugada de julio el vigía avistó un barco.

—Es francés —dijo Trementina Barbanegra sin levantar los ojos del tejido—. Les vengo diciendo que es peligroso andar por estos lugares. ¡Pero para qué! Si me hicieran caso... etcétera, etcétera...

En efecto: era la nave del capitán Jampier.

El capitán Jampier no podía ver a Barbanegra ni en la sopa.

Los dos barcos se aproximaron amenazantes. Ninguno estaba dispuesto a regir el combate. Las tripulaciones hormigearon por la cubierta amontonando municiones y afinando los trabucos.

—¡Te voy a hacer picadillo! —gritó el pirata inglés.

—¡Y yo te voy a hacer paté! —le contestó el francés.

Los hombres de uno y otro bando aullaron para infundirse coraje y meter miedo a la vez.

Cuando las naves estuvieron a poca distancia volaron los garfios de abordaje y en minutos las dos quedaron pegadas como siamesas.

Todos los franceses saltaron al barco inglés y todos los ingleses al barco francés. Los capitanes entendieron que así no se podía pelear. ordenaron a sus tripulaciones dividirse; la mitad de cada una volvió a su respectivo barco para iniciar el combate. Y se inició.

Silbaban los sables. Tosían las armas de fuego. Sangraban los hombres por las narices y escupían muelas. Arrecriaban los graznidos histéricos del loro y las protestas de mamá Trementina que trataba de proteger sus ovillos de lana. ¡La pelea era feroz!

Barbanegra y Jampier, desde los puentes de mando, se medían con la mirada. Lenta, sigilosamente, con movimientos de babosa, cada uno fue acercando la mano a la cintura donde guardaba la pistola.

En lo más recio del combate los piratas advirtieron lo que iba a suceder: sus capitanes estaban a punto de enfrentarse en un duelo personal. Dejaron de combatir.



Todos los ojos en compota se posaron sobre esos dos demonios: Barbanegra y Jampier, Jampier y Barbanegra.

Durante cinco minutos nadie respiró.

La vista es demasiado lerda para percibir lo que pasó entonces. Las dos pistolas hicieron fuego al mismo tiempo.

¡¿Y?!

Un aro voló de la oreja izquierda de Jampier y se perdió entre los atunes del fondo del mar.

¡Pero su bala había dado en el pecho de Barbinegra!

Ustedes pensarán: murió.

No, no murió.

¡Un buñuelo! ¡Un bendito y providencial buñuelo se interpuso entre la bala y su cuerpo! Debajo de la tricota de lana Barbanegra había escondido un buñuelo de los que preparaba su madre, robado de la cocina la noche anterior. Al chocar con él, la bala se deshizo como un supositorio de glicerina sin herir al pirata.

Los hombres del inglés aullaron de felicidad. Locos de contento vivaban a su jefe y bailaban en una pata aunque fuese de palo.

¡No lo podían creer!

Jampier no entendió nada, pero rabiaba.

El combate se suspendió hasta nueva fecha y cada uno se fue por su lado.

Esa noche en el Chápiro Verde atronaron las canciones piratas festejando el episodio hasta que mamá Trementina mandó a dormir a todo el mundo.

Al día siguiente se creó la orden del Buñuelo y desde entonces todos los hombres de Barbanegra llevaron uno colgando sobre el pecho.

Y dicen que eso los volvió invulnerables.



hazy
in
the
air

to
say
only
with
me

